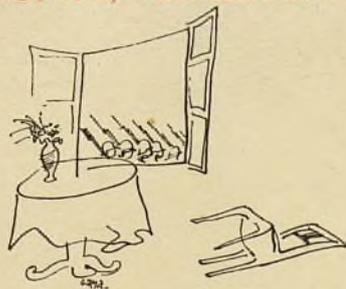


HORA
DE
ESPAÑA
REVISTA MENSUAL

XVII

SUMARIO:

TRABAJOS DE ANTONIO MACHADO, MARIA ZAMBRANO,
JOSÉ MARÍA QUIROGA PLÁ, MÁXIMO JOSÉ KHAN, RAMÓN
GAYA, BERNARDO CLARIANA, LUIS PÉREZ INFANTE,
R. DIESTRO, MAX AUB, ANGEL OSSORIO Y GALLARDO
Y J. FARIAS, VIRGINIA, POR ARTURO SERRANO PLAJA



Viñetas de Ramón Gaya. — Barcelona, Mayo, 1938

HORA
DE
ESPAÑA

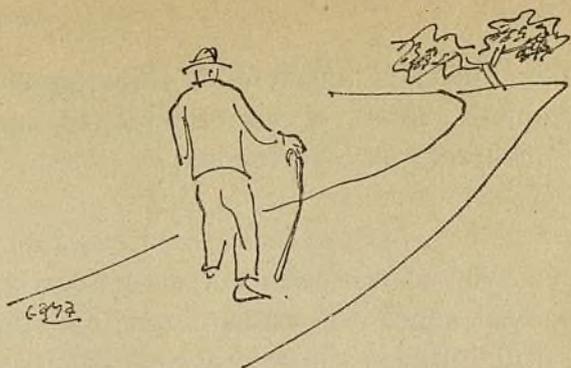
Printed in Spain

Tipografía La Académica : E. Granados, 112 : Teléf. 77452 : Barcelona.

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



SOBRE ALGUNAS IDEAS DE JUAN DE MAIRENA

1

Las ideas, en el sentido que daba a esta palabra Juan de Mairena, son objetos de intuición intelectual y se dan en el reino de lo discursivamente impensable. Por ejemplo, la idea de una creación *ex nihilo*, de una creación propiamente dicha, es algo que no puede alcanzarse por razonamiento, antes por el contrario, el razonamiento nos muestra su imposibilidad real. La idea de creación *ex nihilo* subsiste, sin embargo, como objeto de visión mental. De igual modo su contraria, la idea de un total aniquilamiento, subsiste más allá de todo razonar. La idea platónica de un *deber ser*, elevada sobre la totalidad del ser, la idea de un *deber ser* lo que no se es, aparece no menos subsistente y no menos discursivamente impensable.

No es el carácter antinómico de las ideas supremas, ni su utilidad instrumental aplicada a la totalidad de la expe-

riencia lo que el maestro afirmaba de ellas, alguna vez, sino su valor de objeto que se ve con el intelecto, antes y después de la bancarrota de todo razonar.

*

Más de una vez se reprochó a Juan de Mairena el atribuir a estas ideas supra-racionales la cualidad de verdaderas, de constituir últimas y absolutas realidades, con lo cual no sólo sostenía una doctrina arbitraria, sino que aparecía en abierta y flagrante oposición con su extremado escepticismo.

*

El reproche pudiera ser injusto; porque, nada en cuanto conocemos de sus escritos, nos autoriza a formularlo y sostenerlo. Mairena no se jactó nunca de haber coincidido con la verdad (en esto se distinguió mucho de los pensadores de su tiempo y, acaso, de todos los tiempos) — aunque tampoco afirmaba la imposibilidad de esta coincidencia.

Lo que dijo Mairena muchas veces es que estas ideas supra-racionales eran las específicamente humanas, y que por una conducta que se ajusta a ellas se distingue el hombre de otros animales, dentro del grupo de los primates, afirmación que pudiera ser tan arbitraria como la que se le imputa, pero que es, desde luego, muy otra.

*

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

Con esta solearilla anti-eleática encabeza Mairena muchas de las notas filosóficas que escribía para sí mismo. La palabra *almohada* de la copla: «confiamos», parece referirse más a la creencia que al conocimiento. De este modo procuraba Mairena matar dos pájaros — acaso tres — de un tiro. Porque, en primer término, eludía — o creía eludir — el argumento contra escépticos. Si, en efecto, hubiera dicho: *pensamos* o *sabemos* que nuestro pensamiento es falso, el contenido negativo de la frase anulaba el valor afirmativo de la misma. Sabido es que Mairena sostuvo, alguna vez, que el dicho socrático «sólo sé que no sé nada» contenía la jactancia de un excesivo saber, puesto que olvidó añadir: *y aun de esto mismo no estoy completamente seguro*. En segundo lugar, la adopción de la copla proyectaba una cierta luz sobre este dicho suyo, que a muchos aparecía envuelto en misterio: «El fondo de mi pensamiento es triste; sin embargo, yo no soy un hombre triste, ni creo que contribuya a entristecer a nadie. Dicho de otro modo: la falta de adhesión a mi propio pensar me libra de su maleficio, o bien: más profundo que mi propio pensar está mi confianza en su inania, la fuente de Juventa en que se baña constantemente mi corazón.

*

Más ¡cuán hondas están las aguas rejuvenecedoras de esta fuente, que es a su vez fuente Castalia, porque en ella reside, más o menos encantada por Júpiter, nuestra musa!

*

Para alcanzarlas se siguen muchos senderos descaminantes y desorientadores, por desdén de la amplia vía de la

razón, que es camino de todos, aunque no todos, sino muy pocos, sepan adonde conduce. El gran pecado de nuestro tiempo, — decía Mairena a sus alumnos — en que muchos se buscan y casi nadie se encuentra a si mismo, es el apartamiento de las calzadas imperiales, y la constante búsqueda de los falsos atajos y de las sendas caprichosas, que no llevan a ninguna parte. Con fútiles pretextos, hemos abandonado la metafísica, el pensar metafísico que es el específicamente humano, abierto a la espontaneidad intelectual y a los cuestionarios infantiles, para seguir las líneas tortuosas de dandysmo delicuescente, o de una madurez embrutecida por la fatiga y el alcohol.

¡Bah! ¿Renunciaríamos a navegar, que es caminar entre las estrellas, porque las estrellas no puedan cogerse con la mano?

*

¡ Oh fe del meditabundo !
¡ Oh fe, después del pensar !
Sólo si viene un corazón al mundo
rebosa el vaso humano, se hincha el mar.

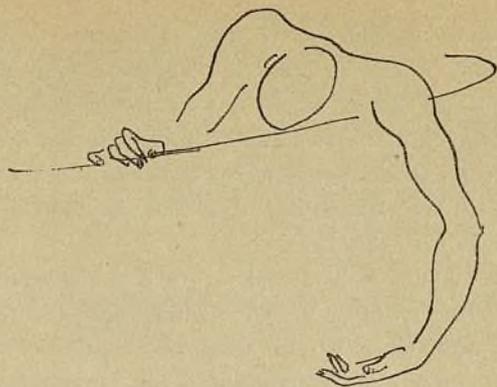
*

Aconsejaba Juan de Mairena a sus alumnos la máxima tensión del pensamiento, el uso pleno y aun el abuso de la lógica. Antes de recusar por inservible o insuficiente un instrumento, hay que someterlo a todas las pruebas, agotar todas sus posibles oficios.

Esto, como tantas cosas, lo vieron los griegos mejor que nadie. De aquí su abundante sofística, su desenfrenado empleo de la lógica, sobre los dos temas esenciales de su pensamiento (el heraclitano y el eleático), antes que intentara Platón la gran síntesis del alma helénica en su mítica teoría de las ideas.

ANTONIO MACHADO

(Continuará)



UN CAMINO ESPAÑOL: SÉNECA O LA RESIGNACIÓN

*Si quieres suprimir el temor, suprime la
esperanza. Séneca: Cartas a Lucilio.*

Reiteradamente se ha dicho que Séneca es el más español de los filósofos, o el más filósofo de los españoles, el que ante el mundo representaba tan cumplidamente el estilo de nuestro pensamiento que podía muy bien definirnos, el que en la cultura analfabeta de nuestro pueblo llegaba a significar la sabiduría misma. Verdad o no, es evidente el hecho de que su nombre se haya posado en la memoria del español, tan poco poblada de nombres de sabios, y su figura misma, la serena prestancia imperturbable del gran cordobés parezca yacer en el fondo de nuestra imaginación presta a dibujarse, tomando cuerpo ante nuestros ojos, como si su presencia nunca hubiera dejado de asistirnos.

Y así es. Todo pueblo de gran tradición posee una serie de ejemplos, de antecedentes preclaros que le señalan otras tantas maneras de enfrentarse con la vida; figuras de tragedia, de la tragedia que es siempre un pueblo y más si el pueblo se llama España. Estos antecedentes marcan nuestro linaje, señalan la línea de nuestro abolengo y hacia ellos nos

volvemos en los trances difíciles, sobre todo si en ellos se juega el destino del pueblo mismo, si no es nuestra persona la que sufre aislada-mente una amenaza o arriesga su ser en una definitiva aventura; sino que la aventura, el riesgo o la amenaza pasando sobre nuestra pequeña — ¡y cuán pequeña! — vida, se cierne sobre el porvenir de esto en que caminamos adheridos, de esto maravilloso que nos ha dado nombre y que nombramos pueblo, nación, patria.

Hacia estos antecedentes volvemos los ojos y no sabemos, al encontrarlos, si es que desde siempre no han estado ahí, frente a nosotros o a nuestro lado; ni tampoco si es que acaso no surgen del fondo mismo de nuestra intimidad como una clarificación, luz reveladora de nuestra más recóndita morada, como voces declaradoras de nuestras más secretas polémicas. Y nos permiten encontrar realizado todo aquello que hemos podido ser y no fuimos; lo que acaso no hemos querido del todo, aquello a que no tuvimos decisión plena de entregarnos unas veces, y otras, aquello de cuya fascinación más trabajo nos ha costado arrancarnos. ¡Y qué difícil resulta que un español cualquiera se vea libre del influjo de esta constelación que sobre nuestra frente, sobre la tierra donde se marca nuestro paso, forman en sistemática agrupación los que pudiéramos llamar, los protagonistas; aquellos españoles de nuestra historia cuya existencia ejemplar como un astro, logró salir de la enmarañada caverna de las contradicciones íntimas más terribles, para llegar a ser lo que eran, para ser algo, es decir, para realizar cumplidamente y sin equívocos una manera de ser español, un camino, una cara de nuestro destino.

En la historia de un pueblo, vista o mejor sentida como un suceso vivo, orgánico, presente y actual siempre, podríamos ver en estos seres algo así como las categorías; categorías históricas, pues su existencia de estos seres cumple una función decisiva en la vida de todo un pueblo; actúan permanentemente sobre él, ejercen una constante influencia y son como ejes o coordenadas que nos permiten situar acontecimientos cuya significación quedaría oculta. Significa igualmente los intentos con que un pueblo ha sido capaz de afrontar las diversas circunstancias que se le han presentado. Categorías dinámicas como lo histórico requiere, que nos manifiestan riesgos, que nos advierten, que nos profetizan.

El entender estas categorías históricas de manera estática, análoga a las de la naturaleza, ha convertido la tradición de un proceso vivo en un muro infranqueable que cierra todo paso hacia el porvenir, y al cabo, el ímpetu de vivir se ha venido a encontrar cercado, rodeado por las realidades del ayer que al no incitar, oprimen. El lamentable tradicionalismo español nos da muestra de la gravedad de la situación que esto significa, pues equivale a tanto como arrancar a un pueblo de su pasado, a tanto como suprimir la función positiva de lo ya cumplido, de lo ya logrado, a borrar la experiencia del ayer tan fecunda en la vida de un pueblo, transformando su vacío en un insuperable obstáculo.

* * *

Yo no sé si este extático tradicionalismo provendrá, en parte, de la gran fascinación que sobre los españoles ejerce su pasado más firme. Fascinación que paraliza el conocimiento y casi convierte en ídolos, en fetiches a los nombres de nuestro más preclaro linaje. Yo no sé si los españoles en relación con nuestro pasado, solamente tenemos fetiches — con todo el respeto que el fetiche merezca—, si con respecto a nuestra historia nos encontramos aun en un estado de misticismo naturalista, puesto que nos es suficiente, les es suficiente a quien recaban para sí la tradición, con nacer para sentirse místicamente participar de sus virtudes y poseer la ciencia infusa acerca de ellas. Ciencia en verdad que destruye toda posibilidad de investigación, puesto que es lo más cerradamente dogmático que cerebro humano haya podido producir. Ni sé tampoco, pues lo sospecho, si todo ello es indicio de algo muy grave, de una concepción de la vida humana, de una moral o religión, anterior en mucho al cristianismo y que constituyera el fondo al cual con tanto tesón se adhieren nuestros paladines del tradicionalismo. Muy grave es todo ello y tanto respeto me impone, que no puedo sino dejarlo.

Pero existen otros motivos más sencillos de la fascinación que nos inspira el ayer claramente realizado, y son los mismos de la fascinación que produce lo claro a lo oscuro, la presencia de la flor a la semilla que la produjo o mejor, a la tierra que le sirve de alimento y sobre la que se alza embelleciéndola; la palabra reveladora al silencio cargado de significación. Y es por otra parte el fracaso. Nuestro ser de españoles lleva a través de todas las vicisitudes de la historia, tal complejidad no

desenvuelta, tal inmensa riqueza de posibilidades, tantos hechos sin realizar y esperanzas sin logro, que nos deslumbra como el mayor de los prodigios la existencia de un español que logró ser lo que era. Tal Séneca. Fué Séneca un español que logró hablar, expresar en clarísimas palabras la integridad de su alma profunda, cumplir en su vida y más en su muerte, la integridad de su destino, recorrer hasta el fin el camino que él descubriera, convertir sus contradicciones internas, reducir sus pasiones a un solo designio, hacer, en suma, de su vida un camino.

*

Este camino, ¿cuál fué? ¿De dónde partió y adónde lleva? Al recordarle con tanta insistencia es que acaso hoy pudiera de nuevo ser recorrido? Es decir, que si nos preocupa Séneca entre tantos, de nuestros antecedentes, es porque su ejemplo está más cerca tal vez de ser seguido, porque el camino que nos señala nos invita más que ningún otro a transitar por él. En suma, la popularidad efectiva de Séneca a que aludíamos al principio y que ha dado motivo a que por muchos investigadores se haya dado al pueblo español por estoico, se funda, en efecto, en que todo español alguna vez en su vida haya sentido la tentación de seguir a Séneca; en que todo español pueda ser, salvando las distancias, un Séneca a su modo. Pero, ¿debe serlo?, más todavía ¿puede serlo? Este *debe* es especialmente grave cuando la tentación de hacerse senequista proviene de circunstancias no únicamente individuales, sino que nace ante unas circunstancias que amenazan a todo un pueblo, que es además el nuestro. Pues entonces, si no queremos separarnos de él, si no estamos dispuestos a desligar nuestro destino individual del destino común del pueblo español, lleva necesariamente a preguntarse: ¿puede el pueblo, el pueblo español, seguir el camino de Séneca?

A esta pregunta nos conduciría la lealtad con nuestro pueblo, ya que no el amor — pues donde hay amor se sobreentiende la lealtad—. Pero la lealtad con uno mismo, llevaría a formular esta otra: ¿puede un español ser como Séneca? Es decir, ¿puede un español sin traicionarse resignarse? Séneca al parecer lo logró. Intentemos ver cómo y hasta qué punto.

*

Muy español fué también Séneca en hallar, su camino fuera de España; lo español a menudo se desarrolla mejor lejos de su origen. El primer ímpetu de su vida de tanta fuerza ascensional le lleva de su tierra provinciana a la metrópoli que vino en seguida por obra suya y de otros españoles preclaros a quedar colonizada en cierto modo, marcada en su lado mejor por el espíritu hispánico (*). Su irrupción — tal se nos aparece el hispánico estilo de su llegada a la capital del Imperio — su irrupción en la cultura de aquel tiempo tiene en todo un signo positivo: se acoge a lo mejor que encuentra: al estoicismo. En la cultura greco-romana ¿a qué mejor cosa podía acogerse? Para las gentes cultas de entonces no existía aun el cristianismo, pobre secta de esclavos y de locos. Un hombre razonable sólo encontraba ante sí las diferentes doctrinas descendientes de la filosofía griega, últimos reflejos en su pálida rigidez del fuego avasallador de Sócrates. A nada mejor, ciertamente, hubiera podido acogerse Séneca, pero no puede menos de extrañarnos el que se acogiera. La imagen de un joven salido de la provincia cargado con todos los tesoros de la más grande sagacidad de pensamiento y de los más altos dones literarios, lleno de un ímpetu social que le lleva a los puestos más altos en el Imperio, no concuerda muy bien con la imagen que tenemos del hombre que se ve forzado al estoicismo, doctrina de la resignación. ¿Por qué había de resignarse? ¿Ante qué adversidad, ante qué rigor de la suerte sintió la necesidad de resignarse una existencia tan abrumada por el éxito? Hasta el momento de su desgracia con Nerón, ningún motivo personal podía hacerle sentir esa necesidad. Mas, cuando llegó la desgracia, ya él estaba preparado.

(*) «Durante el siglo I de C. desde Tiberio hasta Trajano son los hispanos que acuden a Roma y no los itálicos, los más entre los cultivadores de la literatura latina y los más grandes. Estos hispanos salen primero de la Bética... proceden de Córdoba o de Cádiz, los dos Séneca, Columela, Mela y Lucano. Pero en la segunda mitad del siglo I ya está muy romanizada parte de la Península, y la celtibera Bilibilibis envía a Marcial y la vasconica Calahorra a Quintiliano. Estos bien puede decirse que dirigen la vida espiritual de Roma. Séneca el ayo, ministro y víctima de Nerón era el filósofo de moda; Quintiliano era el maestro universal de retores y abogados... El hecho es que estos hispanos imponían a Roma nuevas maneras de pensamiento y de arte». — Menéndez Pidal: *La España Romana*. Introducción. — ¿No sentirán el sonido de estos nombres, en su conciencia como un terrible reproche, como un atroz remordimiento, los desdichados españoles que nos combaten para que España aniquilada sea colonia de Roma?

La necesidad de la resignación era algo que por entonces estaba sin duda, en la atmósfera y muy fuertemente sentida por las almas mejores. La abundante literatura «De Consolatione», epicúrea y estoica nos lo muestran. Y el epicureísmo y el estoicismo ellos mismo ¿no lo delatan así?

La resignación no tiene aquí ese cariz tan usual entre nosotros de sobrellevar la adversidad, de conformarse con la suerte por amarga que sea a causa de la fe y de una esperanza última que puede hallarse corroborada en la misma adversidad presente. Pues si las «consolationes» en las que Séneca fué tan experto iban dirigidas a una persona para curarla de aflicciones muy concretas y directas, el hecho mismo de que los filósofos se ocupen en esta generosa tarea nos hace pensar que ello esté en la misma raíz de su filosofía. Es decir, que las filosofías en cuestión sean en primer término una doctrina de consolación, «De Consolatione Philosophie», doctrinas en que la verdad tiene un consumo inmediato, en que el «logos» platónico sin llegar a descender de su cielo impasible por misericordia de la miseria humana, ha abandonado su trayectoria dialéctica, su proceso dentro de la pura idealidad, para convertirse en una modesta razón a la medida del hombre.

Esta razón tan comedida y encerrada en sí misma, era todo lo que el estoico tenía; su único apoyo. Y es curioso, después de todo el potente despliegue de la razón griega, es ahora al tropezarnos con el estoicismo cuando recibimos por primera vez la impresión de ser el hombre «una caña que piensa». Y es que no le ha quedado más que eso: el pensar.

Si volvemos la vista hacia Grecia vemos en ella dos caras; la de la Filosofía y la de la Tragedia. Si la primera trasciende de la vida griega a causa de su lograda universalidad, la tragedia nos asoma como a una sima sin fin, al mundo terrible y luminoso a la vez de las relaciones humanas concretas. La Filosofía se dirige al hombre en cuanto que piensa y le invita a liberarse de todo lazo; en la tragedia contemplamos los conflictos de estos terribles lazos de las estirpes y abolengos, «la fuerza de la sangre», la voz de los dioses, la fuerza cósmica... la fuerza y la voz de todo aquello sobre lo cual el hombre no tiene jurisdicción.

Mas, cuando ingresamos en el estoicismo, vemos que los designios

socráticos, en parte se han cumplido. Se han cumplido con un rigor que jamás se cumplieran en el mismo Sócrates que nunca dejó de escuchar en la «soledad sonora» de su corazón la voz de su demonio querido. Ya el hombre se había quedado a solas con su pensamiento, a solas con su desnuda conciencia. Ni la fuerza de la estirpe ni la voz de los dioses le agitaban ya.

Por primera vez nos topamos con un hombre desarraigado, a quienes los lazos de la sangre, la comunidad patria o la obediencia religiosa no bastan para conducir su vida. El cosmopolitismo estoico aparte de su exageración (*), tiene, sin duda alguna, este significado; el hombre se siente solo, sin conexiones sanguíneas, raciales ni religiosas y por eso se siente intercambiable. No lleva sobre sus hombros el peso de un destino concreto, se siente desamparado y en su desamparo descubre su individualidad que, claro está, es universal.

Muy complicado es todo eso que ni tan siquiera podemos apuntar, pues implica el sentido del individuo estoico frente al de la persona cristiana que era la realidad que iba a nacer. Implica igualmente la cuestión de lo que en último término significa la aparición del estoicismo en el mundo antiguo, cuestión que no es posible resolver sin tener en cuenta que el estoicismo ha sido a lo largo de la historia, una doctrina que periódicamente ha sido olvidada y resucitada. Ninguna otra quizá ha obtenido tantos renacimientos. Y es de todo punto imposible que aquí nos detengamos en ese tema que precisa de muchas páginas y de otras investigaciones. Baste de momento dejar apuntado que en síntesis, la aparición de estoicismo puede significar: primero, algo que pudiéramos llamar *crisis de la objetividad* y, en vista de ella una actitud reaccionaria, de resistencia aunque nobilísima a una nueva verdad que se abre camino. En definitiva una incapacidad de entregarse a la fe, una sordera a la esperanza con una gran lealtad a lo mejor de un pasado que comienza a desaparecer.

Sin dioses, sin patria y libre del impulso y de la fuerza de la sangre, sin ningún otro apoyo, ¿qué iba a necesitar el hombre si no resignarse? Resignarse antes que a la muerte de un ser querido, a la pérdida de

(*) V. «Marco Aurelio o la Exageración de Julián Macías». «Hora de España XII».

las riquezas o a cualquier otra desgracia, a vivir. Resignarse a vivir, era lo que se proponía conseguir el estoico con su metódico pensamiento. Y no debía ser fácil, puesto que vemos como el pensar filosófico pierde objetividad, fuerza lógica, idealidad, para ganar sagacidad psicológica, para afinar su sutileza en la interpretación de las humanas dolencias. Diríase que la razón se ha hecho madre; se ha llenado de ternura maternal para poder consolar al hombre en su desamparo.

En ello es Séneca maravillosamente español, pues apenas es permitido decirlo, pero esta condición maternal está en todos nuestros más recios pensadores; aparece como nota de absoluta virilidad en nuestros predicadores del siglo XVI, en nuestros escritores ascéticos, en nuestros pocos filósofos. El pensamiento español en sus horas más lúcidas, cuando con entereza viril está más despierto, manifiesta una razón maternal, tan poco despegada por ello de lo concreto y corpóreo, delicada y recia a un tiempo, tan imposibilitada de hacerse idealista, tan divinamente materialista. Por ella se hermanan como obras del mismo género y de un íntimo parentesco, libros como las Cartas a Lucilio de Séneca y «La Guía de Pecadores» de Fray Luis de Granada, que sería bien curioso cotejar.

Debería ya bastar con esto para el pago de nuestro tributo a la fascinación de Séneca. Pues quizá nada más misteriosa y conmovedora española podríamos encontrar en él. Su figura tan humana y hasta humanitaria, de curandero filosófico es lo suficientemente noble en este momento tan inhumano, como para merecer el amor de todas las almas no pervertidas. El que se destacara con esa aureola sobre el fondo de la vida de Roma, nos llena de sereno orgullo y nos invita en el instante presente a no resignarnos a ser aplastados por todo eso que él hubiera detestado; lo que en la Roma que él esclareciera había de bárbaro, totalizado y puesto hoy en pie.

*

Aparece el estoicismo en todas sus notas, inclusive en esta de la razón hecha madre, que tan bien se ha asimilado, como un retraimiento, como una forma noble de ser reaccionario, tan noble que llega hasta el suicidio, hasta la aniquilación de la propia existencia, sin rozar siquiera

con la violencia agresora. Siempre que aparece significa el estoicismo con toda seguridad, una forma de resistencia, de reacción; cuando Séneca se acogió a él actuaba como forma defensiva de la cultura griega y del poder romano que se negaba todavía a admitir algo que sin destruirlos, les sobrepassaba. Resistencia ante algo que estaba naciendo: la nueva realidad de la persona, de la vida personal, de eso absoluto en su desamparo que nace desasistido de la razón y apartado de su reino. Una verdad cuyo nacimiento no se había verificado en medio de los grandiosos sistemas filosóficos, sino que había venido al mundo con apariencia tan frágil, encubierto en el misterio, confundiendo con el delirio, con el absurdo; como algo imposible en lo que ningún pensamiento serio podía fijarse. Algo que en su fragilidad desamparada suscitó el desdén griego y el encono despiadado de los poderes estatales del Imperio Romano.

Esta nueva realidad que en tiempo de Séneca pretendía ya manifestarse, hallar recinto, espacio propio para su desarrollo, aparecía extremadamente peligrosa por su falta de conexión aparente con la razón al uso, con el pensamiento clásico; apareció como un absurdo revolucionario más allá del entendimiento de los hombres y hacía falta estar muy desesperado para entregarse a ella, pues la desesperación es el mejor terreno para la fe. A Séneca le faltó desesperación; su vida plétórica, lograda; su comedimiento; su hispánica entereza le mantenían en equilibrio; se bastaba a sí mismo... para resignarse. ¿A qué ir más allá? Una lealtad firmísima, por otra parte, debía mantenerle unido a la cultura al arrimo de la cual se había hecho hombre; una lealtad a las doctrinas, al esplendor cultural en el que se había educado y del que había exprimido lo mejor, mejorándolo.

Y aquí tocamos otro punto de lo español de gran transcendencia y es esa obstinada — ¿estoica? — lealtad con que el español se adhiere a los principios que le han servido. El español es muy poco capaz de decir: «El Rey ha muerto; viva el rey» (*) porque permanece atado por

(*) *Quizá sea lo que más necesitamos estemos de poder hacer. Y de ahí que todo aquello que signifique una liberación de esta obstinada lealtad por la que solemos hacernos traición tan a menudo, ejerza un gran atractivo sobre nosotros. En ello se encierran grandes peligros, ya que el liberarnos de esta terca lealtad puede ser un camino que lleve al «jesuitismo», o sea a convertirse en un renegado de sí, en gracia a la eficiencia y al poder. Un método que nos liberte de esta cárcel, manteniendo intacto el fondo de nuestra lealtad, será nuestra salvación como pueblo.*

la fidelidad al rey después de muerto. En nuestra Contrarreforma ¿no hay mucho de eso? Hemos sido capaces de aniquilarnos por fidelidad, por no abandonar a lo que una vez ha servido para alimentarnos.

Por estas razones y otras muchas más, Séneca no podía entregarse a la nueva fe, razones muy características españolas y que podemos descubrir en los mejores españoles de todos los tiempos y que han contribuido grandemente a nuestras desdichas; pues ha querido el destino que los desastres de España sean debidos muchas veces a nuestras mejores cualidades más que a nuestros defectos. Y así cerrado a la nueva fe, con la que a veces casi se confunde, Séneca, inmovilizado por su propia entereza, sintiendo manar dentro de sí una fuerza moral que le permitía tener segura la retirada, libre el camino de salida, apaciguada su conciencia frente a las posibles dudas de un más allá, educado en la resignación, llegó hasta el final de su camino prefiriendo la muerte a la tradición.

*

Es admirable y ejemplar, pero ¿tendríamos derecho a elegir ese camino, contando ya con su experiencia? Un pueblo no puede resignarse porque no puede detenerse, porque no puede aniquilarse a sí mismo. Un pueblo suicida sería algo precursor inmediato del fin del hombre. Séneca quiso reducir la tragedia a resignación, al reducirla a razón. Pero en la tragedia está la voz viva del ayer que un pueblo no puede desoir, y está igualmente la llamada del porvenir que no puede quedar sin respuesta. La tragedia es el desgarramiento que produce la esperanza cuando va a convertirse en realidad y quien la encarna no puede abandonar, no puede dejar sin continuación al pasado y sin asidero al futuro; no puede romper la línea del tiempo. En la tragedia no se está solo como en la filosofía; se es padre y se es hijo, se es también hermano y nada de eso admite abandono.

Por esta relación filial con la patria, por esta relación paternal con lo que llega, por la fraternidad con los hombres todos, un español de hoy no puede elegir el camino de la resignación, porque al hacerlo deja vacía la escena donde se juega la tragedia del destino humano. Algo así como si Cristo se hubiera escapado de la cruz, donde murió sin resignarse.

MARIA ZAMBRANO

ESPERANZA EN PIE

*A María Zambrano, en una misma fe, en una
misma esperanza, en un mismo entusiasmo.*

Canto y danza del viento, aquí, en derredor mío,
entre los altos árboles!
—Mas, lejos de aquí, lejos, en las hondas trincheras,
en los campos de nieve, por barrancas y valles,
moribundos gemidos,
rastros de lodo y sangre...

Lejos de aquí — ¡tan lejos! —, puesto el ojo en la mira,
el dedo en el gatillo y el corazón en nadie,
la vacía mochila del pasado a la espalda
y el glacial horizonte, despoblado, delante,
¡cómo te estoy soñando — cómo me estoy soñando —,
desdoblado imposible mío, hiedra del aire!

Contigo, allí, a tu espalda, constante aunque invisible,
velándote la guardia, tenaz, infatigable,
la esperanza, apoyando las puntas de sus dedos
en tus hombros, ceñidas las horas a su talle.
No la ves, no la tocas, mi centinela; pero
la caña de tus huesos de su presencia sabe,
y el profundo latido que redobla en tus sienas
se rige por el soplo que de sus labios sale.
Erguida en pie a tu espalda, hincados en la tierra
los talones, avanza — como hacia el mar la nave
su proa — la melliza firmeza de sus pechos;

en los redondos hombros, alas de luz le nacen:
 muda estatua (y es toda un clamor contenido
 —tanto temblor de entrañas se hace bronce en su carnal),
 cazadora al acecho de las inciertas sombras,
 su ceño es la espesura de que el futuro nace.
 A su presión callada, con un mudo: «¡Presente!»,
 mi velador, respondes, contra el costado el máuser,
 firme en tu puesto, el puño crispado sobre el arma,
 tendidos nervio y músculo, pronto para el avance,
 Compañera perenne, la esperanza te empuja
 más allá de las torvas rastrojeras de alambres,
 más allá de los campos sin trigo que la guerra
 con el duro granizo de la metralla barre,
 más allá...

Hay una raya que separa dos mundos.
 La victoria será de quien la raya pase,
 pie seguro, sereno pulso, sordo el oído
 a los miedos que el viento le manda a los alcances.

¡Qué en tu sitio te veo, qué fiel a la figura
 que el destino te va dibujando delante,
 sin marrar, en la diana heróica del instante!
 Llega hasta donde debes. En la más alta cima,
 la gloria se te rinda, trémula, jadeante.
 Y cuando en torno mío cante, a la noche, el viento,
 rondador vagabundo de jardines y calles,
 para arrastrarme al blando abandono, al capcioso
 olvido, que a mi lado su presencia levante
 esa enhiesta esperanza que a espaldas tuyas vela,
 remoto hermano en guardia, sombra mía hecha carne,
 y sus manos, de pronto, caigan sobre mis hombros,
 mientras su voz ordena a mi vida «¡Adelante!».

Barcelona, marzo 1938.

ABRIL A CONTRALUZ

Bajo este sol de abril convaleciente,
mecido en cresta de vaivén urbano,
la sombra de tu voz, como una mano,
el corazón me oprime, de repente.

Arcos del ayer, ciegos, a un naciente
irrestañable abiertos! En su vano,
con tu secreto nombre, oh rostro humano,
volando, lento, contra la corriente!

Ay, vuelo a redrotiempo, vida arriba,
que enciende en el recuerdo en carne viva
un desvelo de tálamo vacío!

Y, en esta desangrada primavera,
ay, despierto soñar, chopo en ribera,
tembloroso de música y de frío!

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLÁ

Barcelona, abril de 1938.



SALÓNICA SEFARDITA: EL LENGUAJE

La emigración de los judíos, expulsados de la Península Ibérica por los Reyes Católicos y Juan II entre los años 1492 y 1496, se llevó a cabo, en contra de lo que se cree generalmente, con mucha lentitud en el transcurso de varios decenios, generaciones e incluso siglos.

Un conglomerado inicial compuesto de muchos miles de familias abandonó el país a raíz del decreto de la expulsión. Pero en muchos círculos no se quería comprender que el destierro era definitivo; los proscritos se entregaban a la vida cruel del prófugo que se arrastra de escondrijo en escondrijo hasta que el ostracismo fuese revocado. Y otros grupos —proles, sectores de comunidad, poblaciones enteras de pequeñas villas judías— se convertían al catolicismo con la firme intención de volver a la religión de sus antepasados el día que las circunstancias lo permitieran. La mayoría de estos contemporalizadores dejaron las tierras ibéricas a mediados o a fines del siglo XVI; otros descendientes de marranos —kriptohebreos, judíos secretos— permanecían al amparo de su catolicismo aparente, cincuenta, cien y ciento cincuenta años más en la Península hasta que, perdida por completo la esperanza de la rehabilitación, por fin se marcharon también a aquellos países de Occidente y Oriente, que entre tanto habían acogido a sus compañeros de infortunio. En España quedaron únicamente los cristianos nue-

vos, y en Portugal aquellos marranos cuyos descendientes fueron descubiertos hace unos veinte años por un ingeniero polaco.

Entre los diferentes parajes de Oriente en los que los expatriados habían encontrado no sólo refugio, sino a la vez suelo a colonizar, figuraba en primera línea el Imperio Otomano. Los sultanes mostraban franca simpatía por esos hombres serenos, inteligentes y activos que eran excelentes médicos, filósofos y astrónomos, artistas en la elaboración del oro, de la plata y de las piedras finas y maestros en la tejeduría de la seda. Bajo la mano sefardita, la tierra secana se iba transformando mediante complicados sistemas de riego en campos opulentos; los productos industriales y agrarios, conducidos al extranjero por hábiles mentes comerciales judíos, encontraban una aceptación fructífera. Y el alma sefardita varonil fecundaba la psique turca, afeminada por muchos siglos de vida disoluta.

Ninguna ciudad turca ejercía sobre los israelitas desterrados una atracción sensitiva y racional tan irresistible como Thessaloniki, Salónica. Las condiciones topográficas y climatológicas de este puerto evocan las imágenes de Tarragona, Valencia, Alicante, Málaga. La belleza ibérica de la entonces pequeña urbe claroscuro y agridulce debe haber derramado un consuelo arrebatador sobre aquellos infortunados buscadores de paz. Así se explica que el lugar turco se transmutara poco a poco en la ciudad netamente española y judía que no dejó de ser hasta hace veinticinco o veinte años, cuando los griegos la incorporaron al dominio heleno y cuando por el incendio de una noche la mitad antigua cayó en ruinas.

Para llegar de Iberia a la costa occidental del Mar Egeo, relativamente pocas expediciones de emigrantes habían tomado la ruta directa; se dirigían inmediatamente a Salónica sólo aquellas familias que habían recibido noticias de parientes o amigos dándoles cuenta de las ventajas que ofrecía esta ciudad. Gran parte de los desterrados pasaban muchos años vagando por Extremadura y Portugal, donde, como es sabido, el ostracismo no ha sido llevado a cabo con la crueldad que caracteriza la España de los Reyes Católicos. Y otros grupos de proscritos se asentaban, antes de empre-

der el gran viaje hacia Oriente, por algún tiempo en Italia, donde el Papa acogía con sabia magnanimidad a los que habían sido desterrados en su nombre de la Península vecina.

La población de la Salónica sefardita de fines del siglo XVII, cuando la inmigración iba terminando, se componía, pues, de clanes, familias e individuos cuyos antepasados habían llegado de cualquier región española, en cualquier año entre 1492 hasta la fecha, después de haber pasado posiblemente por el tamiz portugués o italiano.

Todos los habitantes sefarditas de Salónica hablaban *español*, pero un español desigual y dispar. Se oía el idioma del siglo XV, del siglo XVI, del siglo XVII; según su diferente procedencia regional, la gente se servía del dialecto andaluz, castellano, valenciano, gallego, catalán; unos poseían aún la lengua pura, así como había sido traída de España, mientras que otros empleaban ya un idioma adulterado por el influjo que había ejercido sobre el habla nativo la cultura de transición; con la palabra arcáica del erudito se enfrentaban las voces descuidadas y aturcidas de la multitud ignorante, especialmente de las mujeres.

Como las diferencias no eran sólo de orden lingüístico, sino más profundamente de índole mental, la población sefardita se iba dividiendo en *Calls* que correspondían a las diferentes regiones de España. La ciudad española y judía de Salónica acantonada en un Call Andalucía, un Call Extremadura, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Aragón, Galicia, Mallorca etc., cada uno con su propia sinagoga, sus propias escuelas y sus propias instituciones benéficas, era el espejismo singular de una España judía en el que aparecían sobrepuestos tres siglos de existencias heterogéneas.

Para los efectos de la vida práctica, esta multiformidad extraordinaria de la composición cultural no resultaba dañable, sino, al contrario, eminentemente excitante. Los sefarditas de Salónica formaban una pequeña República excéntrica y bastante descentrada en relación con el mundo exterior. Su vida se orientaba exclusivamente en la quintaesencia de su ser.

El movimiento idiomático enmarañado lo encauzaron las normas establecidas por las autoridades pedagógicoreligiosas, las que, por su parte, se instruían y consolidaban sus conocimientos de la lengua española en libros traídos de España. Se trataba de obras religiosas, litúrgicas, en primera línea del Antiguo Testamento, de la Historia de la bella reina Ester y de la narración del éxodo de Egipto, las cuales habían sido traducidas al castellano por eruditos de primer rango en la España medieval. Desafortunadamente existían pocos ejemplares de estos compendios de la lengua, pues la prohibición de sacar propiedad de la España inquisitorial, las peripecias del viaje, incendios e inundaciones y el desorden que trae consigo la instalación en un país extraño, habían originado la pérdida de la mayoría de los libros. Se hacían reimpressiones de los originales; en Salónica existían excelentes imprentas; y en esta forma se seguía enseñando esa Biblia castellana que era a la vez la Biblia del castellano.

Pero a lo largo, esta enseñanza resultaba insuficiente. El lenguaje del Antiguo Testamento, de la Megilla y de la Haggada no es el lenguaje del uso cotidiano. La vida familiar, comercial y artesana extrae sus medios lingüísticos de otras fuentes; y, mientras que aquellas traducciones clásicas se iban petrificando, el idioma vivo sufría evoluciones. Salónica tenía Academias de las ciencias hebráicas, pero no Academias de la lengua castellana. Las altas autoridades religiosas no podían dar más de lo que les daba la tradición. El pueblo dependía, pues, de sus propias iniciativas. Un manantial idiomático le quedaba todavía para surtirse de palabras castellanas puras, y un manantial, por cierto, eminentemente popular: los antiguos proverbios, consejas y romances. El estilo de estas creaciones resultaba vivo y dinámico; el esplendor de sus elementos lingüísticos salvaba muchas palabras del olvido; pero el tono poético no podía satisfacer la demanda por medios de expresión realistas. Para los ancianos, los antiguos romances siempre representan el cordón umbilical que los ata a la tradición, a aquel pasado, que viven, que es el único segmento del Tiempo que reco-

nocen como digno de ser vivido y para el que tratan de educar a sus hijos.

Pero para los jóvenes el pasado ha de ser sólo estiércol del presente. Y los jóvenes sefarditas recurrían a aquel medio al que recurren las juventudes de todas las culturas y de todas las épocas al darse cuenta de que los viejos se hacen los ciegos frente a la nueva vida: los jóvenes sefarditas rompieron con la intangibilidad de la tradición creando el idioma nuevo del *judeo-español*, ese idioma que difícilmente obedece a las leyes estéticas que las grandes Academias de la Lengua establecen para los idiomas literarios, pero, sí, un instrumento lingüístico que da abasto a las exigencias de la vida cotidiana.

Al decir que la juventud *creó* el judeo-español, no nos expresamos con exactitud. El nuevo idioma surgió al dejar la juventud que se creara. El judeo-español no es uno de esos idiomas activos, productivos y vibrantes de iniciativa que se renuevan por autofecundación, sino una lengua pasiva, receptora que se abre al enriquecimiento como la concepción a la fecundidad.

Expresión que faltaba en el viejo castellano mumificado, expresión que fué acogida de cualquier modo. Unas veces el hebreo podía suministrar el término necesario, otras veces el turco; y si ningún idioma vecino quería prestar la voz adecuada, se otorgaba a ciertas palabras castellanas antiguas un sentido nuevo. Este proceso de reforma se efectuaba fácilmente, pues el español de los sefarditas, conglomerado de lenguas procedentes de varias regiones y varias épocas, estaba predispuesto desde un principio a engarzar heterogeneidades sensitivas.

De esta forma brotó el idioma que con nuevas aleaciones todavía en la actualidad siguen hablando los sefarditas de Salónica. El invento del judeo-español corresponde en cierto sentido al invento del *yiddish*, hecho por los judíos azkenasitas, empleando como idioma-base el alemán y como elementos de amalgama el hebreo, el polaco, el ruso y unas cuantas palabras de español.

Pero el judeo-español se diferencia ya en su composición literaria decisivamente del yiddish y de todos los demás idiomas del mundo. Mientras que los movimientos evolutivos de las grandes lenguas universales como el francés, el español, el alemán, el inglés y el italiano son controlados por autoridades literariocientíficas, el judeo-español de Oriente es un fluir articulado y rítmico de voces que no se preocupa por la regularidad académica. Dispuesto a dejarse impresionar por los efectos de cualquier influjo exterior e igualmente dispuesto a modificar tanto su estructura como su contenido como su forma al impulso de un anhelo interior, el judeo-español es un habla que demuestra claramente que todas las lenguas del universo no son más que facetas de un solo instrumento idiomático ideal no-existente, expresión lingüística omnisciente — y quizá omnipotente— de la Humanidad. El judeo-español es multiforme e inestable hasta el punto de producirse gran variedad de especies; son otros los elementos que componen el lenguaje de los sefarditas de Bulgaria, otros los que se amalgaman para el habla de los judíos españoles de Rumanía y otros los que integran la lengua de los israelitas turcos. Pero todos los órdenes del judeo-español tienen dos propiedades comunes: su fundamento es el castellano antiguo y su móvil, exteriorizar lo más plásticamente posible la esencia del alma sefardita.

A mediados del siglo XIX el judeo-español, que se hablaba en Salónica, se estratificaba aproximadamente de un 30 por 100 de antiguo castellano puro, de un 40 por 100 de castellano bastardeado, de un 10 por 100 de hebreo y de un 20 por 100 de turco.

Entonces fundó Francia mediante su Alianza Universal Israelita, como en todo Oriente, también en Salónica, escuelas para la población sefardita. Una o dos generaciones más tarde empezaron Italia, Alemania, América, Yugoslavia y otros países a erigir sus colegios, Liceos e Institutos. Entre tanto los griegos habían recobrado Macedonia y tomado las primeras medidas para helenizar la instrucción pública. Los sefarditas no abandonaron su judeo-español pero los nuevos idiomas que comenzaron a enseñarse y siguen

enseñándose hasta la fecha, transmutaban de nuevo este habla, prototipo de la ductilidad.

Los judíos españoles soportan con serenidad y paciencia las alteraciones de sus medios de expresión. Pero la adulteración de estos empezó a reflejarse sobre la mente, el espíritu. Y éste, rebelándose, pregunta: ¿Cómo es que, siendo nosotros hombres españoles, nos mandan profesores de todas las naciones, menos españoles? Antes de la República, España era un país antisemita que no sólo no tenía interés por sus judíos, sino que los despreciaba. Pero a la España democrática que fundaba tantas escuelas dentro del país, ¿por qué no le sobaban unos cuantos maestros para enviarlos a ultramar? —¿Por qué, decía hace poco una mecanógrafa sefardita, me legaron mis padres ese idioma que, si viajo dos horas en tren, no me sirve ya para nada en vez de enseñarme el español puro con el que podría obtener una colocación en España o América? —El judeo-español, escribe un periodista, es un idioma muy interesante desde el punto de vista de la fenomenología; pero este fenómeno tan interesante refleja el abandono. España nos echó, y nosotros lo olvidamos magnánimamente. Mas ahora resulta que España olvida incluso este nuestro olvido. Tendremos que olvidar que España nos olvida...

Tres diferentes tipos simbolizan lingüísticamente la estructuración actual de la población sefardita de Salónica, que ha ido disminuyéndose en los últimos veinticinco años de 80,000 almas a 55,000. El tipo que se expresa con preferencia en algún idioma extranjero como el francés, el alemán o el italiano y que sólo en casos excepcionales se sirve del judeo-español; el tipo que, aun conociendo bien las lenguas internacionales, habla casi siempre el judeo-español, pero un judeo-español muy bastardeado tanto por la influencia de las culturas ajenas como por la falta de conciencia idiomática del individuo; el tipo que no conoce otra lengua que el judeo-español y que habla un judeo-español muy venerable por la afinidad que guarda con el castellano antiguo y limpio.

El representante del primer grupo es el rico comerciante en

tabaco, tejidos o productos agrícolas. Su padre, el abuelo de 70 años, que empezó como empleado y que envejeció todavía en tiempos "del turco", habla el español, es decir el judeoespañol sin saber otro idioma; el habla del vejete es un castellano antiguo más o menos corrompido, en el que se han ido incrustando muchas palabras turcas y un número considerable de términos hebreos. El hijo conoce perfectamente el idioma de su padre, pero su propio judeo-español ya ostenta otra composición; parte de las palabras turcas están reemplazadas por voces griegas que oye desde hace veinticinco años y que suele emplear también en la vida comercial; el elemento castellano es muy impuro: en el fondo se trata casi exclusivamente de expresiones francesas amoldadas a la formación idiomática española.

La esposa de este señor es en la mayoría de los casos extranjera. Al casarse con ella la obligó a aprender el lenguaje del abuelo, para que el pobre anciano no se sintiera sólo en su aislamiento del nuevo mundo exterior, el cual no es comprendido por él ni le comprende a él. El abuelo se aburre mucho, pues el acatamiento familiar estéril no puede dar abasto a su deseo de figurar como despota patriarcal. Su hijo, el cabeza de familia, habla el judeo-español únicamente por la noche, los sábados por la tarde, los domingos y los días de fiesta, cuando la oficina está cerrada, cuando su progenitor le compele a la conversación y cuando surge en la mente del negociante, provocado precisamente por esa conversación y el ocio, el recuerdo de la infancia, la infancia de sus padres, el pasado de los sefarditas, la tradición. Por lo demás son raros los momentos en que sus labios calculadores prorrumpen en palabras españolas. Esto acontece cuando el hombre rabia o cuando se vierte sobre él una grave emoción. Entonces se hunde toda su educación extranjera; en estos instantes es como si hablara una preforma del individuo, un germen engastado en el regazo de su origen. Salvo estos incidentes, posee el gran comerciante bastante autodisciplina para evitar las voces judeo-españolas. Le parece necesario señorearse, pues su mundología le dice que este idioma no es elegante y no fa-

vorece la imagen que las mujeres deben hacerse del hombre; es, pues, la vanidad que le impide servirse de un lenguaje que ni adula los sentidos con untuosidad ni premia el amor propio con artificios retóricos.

Por eso prefiere el rico mercader los grandes idiomas extranjeros, en primera línea el francés. Lo aprendió en un Colegio de la Alianza Israelita y se perfeccionó en su uso durante sus varios viajes a París. Estando una vez en París, conoció a su futura esposa. Se casó con ella a pesar de ser cristiana, o quizá por serlo: rusa ortodoxa, austriaca protestante, francesa católica. Si la mujer de estilo desconocido atrae al hombre, la mujer heterodoxa seduce doblemente. Vuelto a Salónica, el israelita se da cuenta de la traición que cometió contra su tribu. Y dispuesto a pagar el pecado, —a pagar como comerciante honesto,— obliga a la mujer a aprender el judeo-español del abuelo. De este modo el pecador enmienda su desliz y la cristiana pierde algo de su herejía, lo suficiente para que el padre perdone al hijo. Pues, como se verá más adelante, el judeo-español es un idioma sagrado, capaz de endiosar al que lo emplea.

Si la compañera de este señor, en vez de ser una extranjera nojudía, es una sefardita de Salónica, de Cavalla o de Monastir, se comporta igual que su marido. El judeo-español le parece *vulgar*, indigno de una boca cuyos labios al hablar deseen besarse a sí mismo. Y en realidad, el judeo-español es el lenguaje del *vulgo*, del gran vulgo sefardita. El uso del francés transporta a la dama judía a la esfera de una sociedad más elevada; el hecho de poseer un idioma extranjero, el idioma de una nación grande y de alta cultura, la hace creer que ella misma tiene alta cultura. Cuando amigos españoles la invitan a hablar en su español hace melindres durante largo rato; y si al fin se decide a balbucear el idioma de su infancia, lo trunca con un acento forzado, fingiendo como si tuviera que buscar las palabras. Tanto puede el poliglotismo que reina en Salónica desde el momento en que casi todas las naciones de Europa —salvo España— levantaron aquí sus centros pedagógicos.

Hay pocos sefarditas de la clase acomodada que no conozcan sus tres o cuatro idiomas. Ahora bien, los dominan sin tener idea de sus respectivas literaturas, sin tener idea de la literatura. Con excepción de muy pocas personas, se ejerce el poliglottismo al estilo del clisé gramofónico que reproduce fiel e infinitamente el texto grabado en él. El espíritu plurilingüe es el vampiro del Espíritu; "cuatro" idiomas no le "cuaduplican" sino que le "descuartizan".

El hijo de este matrimonio estudió, siguiendo el plan moderno de la instrucción pública helena, en su colegio el griego. Cuidadosamente le enseñan los tres órdenes de este idioma: el habla popular, "dhimotiki"; la lengua literaria, purificada, "katharévusa", y el griego antiguo. Desde el primer momento de entrar en clase hasta el día de hacer su bachillerato, el muchacho oye, lee, habla y escribe el griego. Hecho un verdadero heleno, que es además, en la mayoría de los casos, por su nacionalidad, deja el colegio y entra en la vida profesional. Su griego no lo olvidará jamás; pero, salvo casos de absoluta necesidad, hablará el judeo-español. En vano preguntaremos de donde sacó sus conocimientos prácticos de este idioma. A los padres les oye hablar el francés; con el abuelo pasa muy pocos ratos; la conversación con los camaradas griegos se efectúa en griego o en francés; con las criadas —sefarditas— casi no está en contacto; la religión, que se enseña en judeo-español, ocupa muy poco espacio en el cuadro de las asignaturas. El hecho es que ni su propia instrucción griega, ni la instrucción francesa de sus padres, ni el snobismo del ambiente social y familiar pueden nada contra la inconsciencia judeo-española de este muchacho. Las horas que pasa escuchando las narraciones que salen del fondo oscuro de la poltrona del abuelo y las canciones antiguas que penetran a través de la puerta de la cocina pesan más en la romana de las pasiones íntimas que toda la formación académica. Cual sonámbulos caminan los adolescentes sefarditas, los ojos cerrados, los gestos firmes, de la Salónica del siglo XX a la España del siglo XV.

El segundo grupo lingüístico lo integra la clase media: el industrial sin grandes pretensiones, el representante de comercio, el

dueño del establecimiento inaparente. También estos hombres pasaron por las escuelas de la Alliance Israélite. Pero como inmediatamente después de los estudios surgió la necesidad de cazar los medios de la vida, no se realizó el sueño de los viajes a París en el que se mece todo sefardita adinerado. El mundo del lujo europeo queda desconocido, y por lo tanto no prorrumpa el anhelo de sobrepasarse a sí mismo sociológicamente. De los padres se aprendió el judeo-español; el francés que le enseñaron a uno en los centros de la Alianza, sirve hoy día para llevar una correspondencia en este idioma y para hacerse entender a un cliente extranjero. A estos hombres no se les ocurre prostituir sus conocimientos lingüísticos o abusar de ellos como manjar, tal como lo hacen, sobre todo, algunas damas de la alta sociedad saloniense comiéndose sus propias lánguidas y melosas palabras francesas con la voluptuosidad con la que devoran los discípulos la sabiduría del apóstol. El habla de sus padres les es sagrado; y como les sirve para ganarse el pan, no preguntan si es bonito o feo. Como saben el francés y como tienen que estar dispuestos a saltar de un momento a otro en el transcurso de los trámites comerciales del español a este idioma, la expresión gala está acechando continuamente detrás de la palabra ibérica, lista a revelarla. El judeo-español de este hombre es, por consecuente, muy impuro; se encuentra adulterado con galicismos hasta el punto de presentarse como una monstruosidad lingüística. Sin embargo esto no les causa ninguna preocupación. El individuo nació con los sonidos españoles en la boca; es la Providencia, la Creación, la Naturaleza que le mandó hablar así, y así habla a medida de su inteligencia.

A este segundo tipo idiomático pertenecen también los pocos intelectuales que alberga la Colonia sefardita de Salónica: un historiador excelente, unos cuantos abogados, media docena de periodistas, seis o siete médicos. Su profesión les obliga practicar cuatro o cinco idiomas. Pero su cultura les capacita y los incita a controlarse cuando hablan. La aplicación de su autocrítica les proporciona por resultado un judeo-español de elementos castellanos muy lim-

pios. Pues el sefardita que busca en su memoria, en su recuerdo, en las repercusiones que le sobrevienen de la lontananza juvenil, encuentra expresiones castellanas nítidas, netas, legítimas y genuínas palabras muy aromáticas y muy plásticas; voces cervantinas y precervantinas que nos revelan emociones sensitivas al parecer ya marchitas. Los intelectuales se dan también cuenta del fenómeno cultural que representa la existencia sefardita, este fluir casi silvestre de vidas humanas que conservó su esencia sin disponer de otro manantial que el alma misma, durante 450 años. Y este fenómeno se exterioriza en ellos. Al hablar escogen las palabras con una ternura con que se escogen entre varias ponzoñas el veneno mortal más dulce.

El tercer grupo lingüístico es la masa del pueblo: el chófer de taxi, el vendedor de periódicos, el obrero de tabaco, el mozo del mercado, la modistilla, la criada, el artesano, la vieja que vive del subsidio de la Comunidad, el barquero, el limpiabotas, el pordiosero.

Todos los que viven en las barracas de los "foburgos" hablan el judeo-español y sólo esto. Los habitantes de estos arrabales no visitan ninguna escuela extranjera y si aprenden a leer y a escribir, se los enseña un pobre maestro sefardita que apenas sabe una palabra de francés. Las expresiones "Monsieur" y "Madame", sí, las sabe, pues "Señor" y "Señora" no se dice entre los sefarditas. El sefardismo saloniense está afrancesado hasta el punto de llamar una criada española a su señor español, hablando en español: "Monsieur".

El judeo-español del proletariado sefardita, bien que contenga unas cuantas partículas turcas y hebreas, es todavía casi un nítido castellano antiguo. Como en los foburgos pululan aún los romances, los proverbios y las consejas, el habla vulgar, que se teje alrededor de esas viejas poesías, respira también mente de su mente. La fosforescencia de este idioma forma un contraste amargo con la vida mísera de las barracas; la hermosura antigua ayuda soportar el tormento moderno.

El español que llega a Salónica y toma en la Estación un taxi para trasladarse al Hotel, se esforzará por explicarse al chófer con unas cuantas palabras de griego antiguo que sabe. El chófer no comprende, pero adivina la intención del viajero. Luego le oye hablar en castellano; y volviendo la cabeza dice sonriendo: —¿Dyidió sos? (¿judío sois?). El viajero queda perplejo; la primera palabra que le dirigen en la ciudad griega de Salónica es española. La pregunta del chófer no pregunta lo que parece preguntar. “Judío” quiere decir: “español”; el pueblo sefardita no conoce españoles no-judíos.

Del mismo modo como las primeras voces que percibió el extranjero en la ciudad helena eran españolas, oirá hablar en español a cada momento y en todas partes; del tiempo en que Salónica fué la ciudad española y judía, queda aún el enorme ángulo de difusión de la masa sefardita entre las profesiones. Y el extranjero coge cada palabra de este idioma que cimbra por el aire, pues su oído es un instrumento receptor bien afinado.

En los foburgos no cae otra sílaba. Estas aldeas aisladas viven tan densamente envueltas en la mentalidad, en las costumbres y los anhelos españoles que el extranjero busca — en vano, claro está — una autoridad gubernamental española que dirige estos cultivos ibéricos, una autoridad del tipo de las autoridades de hace cuatrocientos años. Pues lo extraordinario es que la vieja, que está sentada sobre una sillita baja de asiento de mimbre al lado de la jamba de la puerta, no te entiende muy bien si la hablas en tu español madrileño del siglo XX, pero, sí, te mira con una carita radiante de placer, si la citas unas frases del Quijote. La cara de la abuela está surcada de arrugas, pero de arrugas tiernas sin filos de amargura y sin sombras de vejez secular. Esta mujer no es “vieja”, sino “antigua”. Ella dice tener cuarenta años; lo dice por decir algo; no sabe cuantos años tiene, porque no la interesa contar sus años. El Gran Rabino le da casi cien. Nadie conoce el número exacto. Los papeles se quemaron en el gran incendio. Cuando habla esta boca antigua, todos oyen las palabras; pero el

tono bañado de patina se estremece como si temiera desmigajarse en el camino desde el manantial histórico acá.

El judeo-español, que tornean los labios rancios es, abstrayendo de las voces turcas y hebreas, el viejo castellano que pronuncia la *j* a la manera gallega; que zumba la *c* y la *z*; que equipara la *v* y la *b*; que no ha transmutado todavía la *f* latina —hablar— en la *h* muda; que subraya el carácter posesivo de las cosas —la mi mano— y que conserva la plenitud de un lenguaje cuyas expresiones tienen aún la orla nítida de una moneda sin desgaste. El judeo-español de los foburgos es el habla —habla en el sentido más estricto de la palabra; idioma que es todo habla sin yugos literarios algunos— que invierte el orden de los consonantes difíciles de pronunciar en su composición legítima —probe, pedrer— adjudicándose las mismas facilidades que se apropia el pueblo en muchas partes de España el habla que desconoce el “usted” directo empleando en su lugar el “él” indirecto de la indiscreción picaresca.

Pero el judeo-español del proletariado sefardita de Salónica no es sólo un “habla”, habla en el sentido de un instrumento de expresión labrado por la multitud, libremente, al propio gusto de ella, sino más, mucho más. Este judeo-español es un “cante”, un “cante popular”.

Hay muchos pueblos que cantan al hablar; también pueblos españoles: los gallegos, los andaluces, los argentinos... Pero los sefarditas “cantan su habla”, y esto es otra cosa. Se puede conceder a la palabra una cadencia melodiosa, sin que la frase resulte por eso cantada; la figura musical empotrada en las sílabas no exime todavía el habla de su lastre prosaico. Sólo el cantar de la canción, que aplican los sefarditas, elimina el decir en el hablar.

El hecho de que los sefarditas de Salónica cantan su habla es el fenómeno más fino del idioma judeo-español y quizá uno de los más notables de toda la cuestión sefardita; pues una propiedad característica de los judíos de Salónica, de la Comunidad sefar-

dita hasta hace pocos años más destacada de todo Oriente, es decisiva para la totalidad del judaísmo español.

El idioma español es para el sefardita un idioma sagrado. Cuando los rabinos en siglos pasados se servían de las traducciones clásicas del Antiguo Testamento y de los demás libros religiosos al castellano para instruir el pueblo, llamaron "ladino" el lenguaje de estas versiones; ladino, porque era para los judíos lo que es el latín para los católicos: verbo litúrgico, sagrado del Templo. Todavía hoy se suele designar como ladino el antiguo castellano puro, tal como ha sido traído de España. Pero el nombre moderno que aplican los sefarditas de Oriente en general a su habla, es: el "judío". Nada más natural que aquellos judíos que llevan ya casi cinco siglos completamente abandonados de su cultura-madre española, se sientan como un pueblo aislado, pueblo con propia lengua: el judío. Una persona que habla en español, habla para el sefardita del foburgo, venga de donde venga, tenga la religión que tenga, en judío. Un ejemplo de este hecho lo alberga ya la pregunta del chófer de taxi que se citó arriba.

Siendo el idioma español para el israelita ibérico el idioma judío, se comprende que este instrumento lingüístico tenga, éticamente, el mismo valor que el hebreo. El mismo o más; más, porque el sefardita moderno ha ido perdiendo el conocimiento de esta otra lengua sagrada muy antigua; las entrevistas en hebreo con su dios han llegado a ser rutinarias y exentas de repercusión íntima. Lo que le queda aún, es el saber descifrar los caracteres hebreos, y en estos, es decir en una modificación de ellos llamada escritura aljamiada o rashí, escribe sus textos españoles en cartas, periódicos y libros. Ahora bien, desde el punto de vista del habla, la única voz que, emitida por la boca penetra hasta la sede de la emoción y por lo tanto a la de la divinidad, es la española, la judía.

Sirviéndose el sefardita del habla judía tanto en el Mercado como en el Templo, es claro que el verbo profano se haga sagrado y viceversa; y como en la oración de la sinagoga el alma abandona el habla viandante a favor del habla alada, a la fuerza ha de

“cantar” el judío español al llevar a cabo sus obligaciones seculares de la misma forma como canta al cumplir sus deberes religiosos.

El fenómeno de que los sefarditas de Salónica canten su habla explica el porqué de haberse conservado entre ellos la esencia española. En nuestro ensayo anterior, que trata la vida de los sefarditas salonicenses, observamos ya la íntima ligación que existe entre el comportamiento profesional y el religioso de estos hombres. Ahora acabamos de considerar como la salmodía litúrgica penetró en el ámbito del lenguaje profano, creando también una conformidad entre la religión y la cultura. Agarrándose tanto la vida utilitaria como la cultural mediante su inmanente instinto de autoconservación a la perennidad religiosa, queda garantizada la existencia sefardita hasta el fin, hasta el ocaso de la fe judía. El habla cantado del pueblo sefardita, habla acompañada de los gestos de cónjuro del orante, es un móvil perpétuo, “perpétuum móbile”.

El tono ditirámico de estas aclaraciones puede evocar la impresión, de que la salmodía profana de los sefarditas salonicenses fuera realmente arrebatadora. Error éraso. El idioma judeo-español es muy tierno, muy dulce, muy devoto, pero su melosidad no resiste ninguna crítica estética, y menos aún en nuestra época de hombría cruel. Este lenguaje no sigue nuestra moda, ni la nuestra, ni ninguna. No es producto de deliberaciones académicas, sino de instintos populares. En ningún caso se puede decir con más derecho de una voz que es a la vez la de Dios y la del pueblo. Cantando el pueblo sefardita su idioma judío, pide de su dios, de sí mismo, que no le sea arrancada el alma, su alma española.

Me hubiera gustado transcribir un texto judeo-español con su música idiomática e incluso con su mímica; pero me habré de limitar a las letras. No obstante espero que de las solas palabras de este comienzo de una novela corta: de su tonalidad, de sus ligaciones, de su timbre y de sus diminutivos surja ya alguna melosidad, melosidad susceptible de dar una idea el lenguaje judeo-español de los sefarditas de Salónica.

LA PANSIONARIA

No sabemos cualo hazer kon nuestros lektores y lektriches, ke ya se uzaron a las novelas, ke kieren ke todas sean garnidas de sensualismo o de peripecias secanosas (hebr: trágicas). Hay otros ke kieren ke las novelas sean tomadas no de la época que bivimos, ma de un pasado longiano.

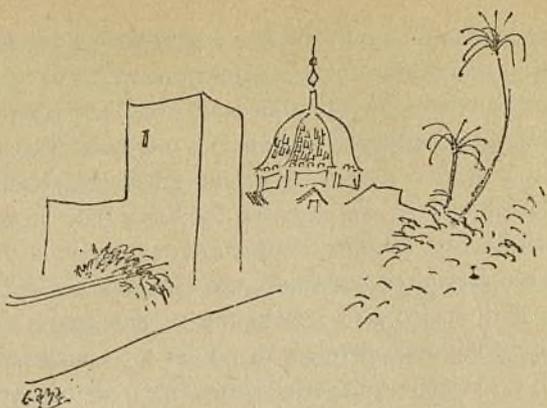
Cuando los recodros se pasean por nuestro celevro, ya aferramos por la punta uno de aquellos pasajes, lo notamos, y mos carreamos en aquella época para espulgarlo y darlo mundado a la curiosidad de el lector.

Ma cuando nuestro celevro tiene el pezgo (peso) de miles de gaïletes (turc: preocupaciones), no sobra ni un cantónico para dar lo ke los lectores egsigen.

Es haziendo estas refleksiones, ke yo avrí las ventanas de mi udá (turc: habitación), ke dan dyusto enfrente de una casa ande una hijica, más presto una maestrica es pansionaria.

Yo empeso:

MAXIMO JOSE KAHN



DIVAGACIONES

EN TORNO A UN POETA: MIGUEL HERNÁNDEZ

Este joven poeta, llamado por Juan Ramón «el sorprendente muchacho de Orihuela» en unas elogiosas palabras que le dedicara un día, ha reunido ahora, en un volumen que titula *Viento del Pueblo* y subtitula *Poesía en la guerra*, todos, o casi todos aquellos poemas suyos escritos en la atmósfera de nuestra lucha.

Poesía en la guerra. Quizá fuese más exacto subtitular este libro *Versos en la guerra*. Versos, porque es el verso lo que en Miguel Hernández vive, es el verso, es tal o cual verso lo que aquí se alza y luce, lo que aquí sorprende. Pero si siempre sus versos son verso — cosa que no consiguen totalmente otros poetas actuales—, en cambio, no todos estos versos que son verso siempre, son siempre poesía. Hasta puede decirse que cuando se da en su obra lo auténticamente poético, se da un poco por añadidura y con posterioridad al verso mismo, o sea, que es el verso quien le proporciona, quien termina por traerle a Miguel Hernández la poesía, y no la poesía quien dicta su verso. Esa gran facilidad suya, esa gran facilidad técnica — que es, naturalmente, algo muy distinto a técnica maestra — tiene tal vigor que muchas veces, técnica y facilidad consiguen, no ya tan

sólo ser méritos brillantes, sino producir y provocar la belleza, una belleza que no había sido requerida o citada expresamente aquí, que llegó de improviso, inesperadamente, un poco alocada, un poco insensata, un poco brusca, pero viva. Esa desmedida facilidad — que es la misma facilidad que tuvieron Sorolla y Blasco Ibáñez, cada uno en lo suyo, pero los tres sin duda por ser levantinos—, esa pasmosa facilidad para lo que es propiamente *hacer* resulta casi siempre perdición y salvación a un tiempo. En Blasco Ibáñez, ese escribir incontenido, ese escapársele la mano que viene a ser quizá su mejor virtud, o por lo menos allí donde residen, donde viven incluídas sus mejores virtudes ya que es en ese torrente facilón de su prosa donde no podemos negarle cierta fuerza de escritor *porque sí*, de nacimiento, de puro y bruto impulso natural; en ese vuela pluma es donde también reside su flaqueza porque una facilidad que le resulta tan fácil de ejercer, de poner en marcha le conduce, le arrastra sin remedio, le lleva ciegamente por donde ni él mismo sabe y termina siendo esclavo de su propia facilidad, es decir, termina por ser facilidad sola, por ser vacío, por ser nada. Y en cuanto a Sorolla dudamos de que pueda repetirse un pintor con tanta ligereza, con tantas dotes manuales, con tanta soltura de oficio, con tanta disposición para lo que se puede llamar la albañilería de la pintura; incluso recuerdo que una tarde, en casa del viejo Cossío (aquél claro y limpio santón que dedicara tantas de sus fuerzas a saber del Greco y que si no llegó a decir todo lo que puede y debe decirse sobre tan lujosa personalidad encendida, sí dijo en cambio las primeras palabras que sobre Theotocopuli sonaron a inteligencia y a empeño en nuestro país), contemplaba yo un retrato tamaño natural de Don Francisco Giner debido a Sorolla y me asombraba de su asombroso facilismo, cuando Don Manuel, que había presenciado años atrás el nacimiento de esa figura de completa y terminada apariencia, me aseguró que fué pintada en veinticinco minutos exactamente.

Pero de esa instantaneidad no debe esperarse nada verdaderamente profundo. De una facilidad como la que tuvieron Sorolla, Blasco Ibáñez o Villaespesa, no debe nunca esperarse una obra medida, sino ese sólo arranque cegato y en desorden de un impulso nativo, irremediable, cierto, pero demasiado elemental. Porque en ese aluvión va siempre, claro es, mucha bröza, mucho mal gusto innecesario, mucha inutilidad, mucha gor-

dura, mucha nada con cuerpo, mucho vacío con presencia, mucho... estropajo, aunque todo esto aparezca tantas veces revestido de coloristas, de luministas, de impresionistas apariencias. Lo feo y lo bello, lo malo y lo bueno salen, ruedan por esa corriente turbia y confusa perdidos uno en otro, debilitados entre sí.

Es Miguel Hernández un poeta, un caso de poeta que me importa muy particularmente, aunque no por maniático regionalismo, sino porque encontrándome paisano suyo puedo sospecharme también conocedor de sus resortes, de sus virtudes, de sus defectos naturales.

Nació en Orihuela y es por lo tanto huertano y no campesino, es decir, de una tierra propicia, de un suelo blando y dócil, de un lugar entre polvoriento y amable, de allí donde los huertos son morunos recintos de verdor. Huertano y no campesino, hombre de vega, de exuberancia, de facilidad. No importa que actualmente guste más del campo de Castilla que de la huerta murciana — Orihuela no es Alicante, sino Murcia—, no importa que su obra haya tomado del Romancero cierta «dignidad del tono», de Quevedo atrevimiento y dureza, de Calderón aire sentencioso y metálico, no importa, en fin, que tome aún por muchos días la forma, la cara del Siglo de Oro al mismo tiempo que dice sentirse más compenetrado que con su propio pueblo con el espíritu de Castilla toda; en lo profundo es un levantino muy levantino y lleva en sí lo que de peligroso esto representa, aunque también lo que de riqueza, de gustosidad, de vida carnosa significa.

Pero, ¿qué razones le mueven hacia una tierra y una atmósfera que no es la suya? ¿Se teme a sí mismo? ¿Teme anegarse en esas características regionales de tan desdichados ejemplos? ¿Busca y se acoge a unos hombres y a unos surcos que cree más penosos, más esenciales, más serios? Si es así no debe olvidar que pueden nacerle entonces otros peligros. Porque su torrencial facilidad levantina, aunque produjera raros sonetos admirables al chocar con el seco rigor capturado en ciertas lecturas castellanas, aunque esas dos condiciones opuestas lograsen entonces fundirse en unos frutos sorprendentes, quizá es un camino imposible y artificioso. Por eso cuando comprenda que los defectos innatos, que nuestros

defectos naturales no deben ser contradecidos, violentados por nosotros, sino elevados y dignificados; cuando comprenda que no se trata de rehuírlos o falsearlos, sino de superarlos, de darles salvación y buen cauce; cuando comprenda, en fin, que su excesiva sensualidad no debe nunca considerarla como condición maldita y vergonzante, sino como fuerza silvestre, animal, insegura, peligrosa tan sólo, es entonces cuando para no caer en un levantinismo superficial y barato no pensará en volver la espalda a su verdadero suelo, sino que precisamente engolfándose mucho en él, o sea, relizándose de una manera total, es como mejor y más ha de sentirse alejado del sorollismo, del blascoibañismo, del villaespesismo — el coloreo y el facileo de Levante alcanza y llega hasta Almería—, ya que todas estas deslumbrantes personas fueron víctimas de sí mismas por no haber ahondado en sí mismas (una de las cosas que salvaron a Gabriel Miró fué sin duda alguna el valeroso empeño que puso en zambullirse muy de veras dentro de unos elementos desprestigiados pero queridos por él y por él sentidos). Nuestras innatas condiciones — defectos y virtudes — nunca se desprenderían de nosotros por mucho que lo intentásemos; debemos, pues, emplearlas todas, aunque eso sí, cuidando mucho el dónde y el cómo. Que todas nuestras condiciones — virtudes y defectos — vayan a parar a la esencia misma de nuestra obra; que no se sientan nunca traicionadas, desdñadas, porque podrían vengarse surgiendo inopinadamente, inoportuna-mente allí donde menos convenía. Cuando a Miguel Hernández le parece haber huído de la exuberancia y de la facilidad hablándonos en sus poemas de un paisaje y unos hombres más bruscos, más duros, más escuetos que los que él conoce, su facilidad y su exuberancia levantinas no quedan sepultas o lejanas como él quizá supone, sino que cambian de papel, y en vez de ser esencialidad — como era en los poetas arábigoandaluces—, en vez de ser motivo, carne, pulpa de su poesía, se manifiestan en el oficio tan sólo, en el trabajo, en el hacer.

Por *Viento del Pueblo* circula un vigor que no siempre encuentra empleo apropiado y se extravía, se pierde entonces como una fuerza inútil. Es un libro desigual y sin medida. Todo fué a él, todo lo que escribiera Miguel Hernández en arranque de poeta verdadero, pero también lo que trazara su sola mano, su mano de versificador tan tremendamente fácil que logra formar a veces infinidad de versos, no ya sin contenido alguno, sino

sin nada, sin palabras siquiera, tan sólo con sílabas y acentos. Versos que no pueden considerarse tampoco pura música, ya que la música sólo es música cuando además de sonar, dice, o si se quiere mayor pureza, cuando su sonido, su sonar mismo es ya decir. Sólo sílabas y acentos:

callado, y más callado, y más callado.

... ..

*lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.*

Endecasílabos que parecen estar hechos sin querer, y nacidos, no de un poeta sonámbulo, sino de una pluma que se mueve por costumbre, de memoria, mecánica.

Pero no todo el libro es así. Hay también en sus páginas un poema que nos impresiona y que puede calificarse de muy hermoso: *El sudor*. La facilidad está en él como quisiéramos que estuviera siempre, empleada y no *utilizada*, es decir, que no resulta retórica y mítin, sino pasión y entrega. Incluso sus últimas estrofas se salvan bien. Pero de su poema *El sudor*, es esto lo que preferimos:

*En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje,
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.*

... ..

*Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.*

En este ahinco, en este regusto por un elemento aparentemente prosaico como es el sudor, hay mucho más levantimismo y arabismo de lo que él mismo piensa y quiere. Nótese que Miguel Hernández, no sólo habla aquí del sudor por lo que el sudor del trabajo significa en el hombre de nobleza y dignidad — más bien ésta es la parte del poema que a él le fra-

casa—, sino que se enamora del sudor como sudor puro, como cosa, como sola existencia, y consigue llenarlo entonces de una hermosura que en la realidad vulgar no puede, naturalmente, tener. Y esto se llama con el mejor y en el mejor de los sentidos, preciosismo, como preciosismo se llama ese lujoso manejo que de la lepra hace Gabriel Miró en sus más vivas páginas. Un poeta castellano de cualquier fecha — Jorge Manrique, Unamuno, y entre los de generación más próxima a la de Miguel Hernández, Serrano Plaja — no se preocuparían de dar al sudor fisonomía, presencia, carne; hablarían de lo que el sudor *quiere decir*, pero nunca de lo que el sudor parece o es en sí mismo. La mentira hermosa, la belleza delirante, el adorno esencial, la embriaguez, el embuste poético son cualidades morunas que los andaluces y los levantinos están obligados a no falsear ni perder nunca, porque son su fuerza, su profundidad, su metafísica.

De otro de sus poemas truncados, *Fuerza del Manzanares*, queremos arrancar un verso, y de ese verso tal palabra que resulta demostrativa de cuanto venimos diciendo:

y en el sabor del tiempo queda escrito.

La palabra *sabor* aplicada en este caso al tiempo, denuncia eso que en todo lo bueno levantino es verdaderamente fuerte: la gustosidad, la sensualidad, el lujurante apetito por las cosas, por todas las cosas. En este verso, el tiempo no tiene, no se dice que tenga como sería tan lógico, fugacidad o eternidad, maldad o encanto, alegría o poder, y ni siquiera se le señala un color como pudo hacerlo tal o cual poeta a la moda de hace unos años, sino que se habla únicamente de su sabor, es decir, de algo que sólo percibiríamos con los labios, con el paladar, con el deseo.

Claro que esta excesividad en los apetitos, esta exuberancia amorosa, este embriago que al tropezar con el mundo y con los sentimientos necesita convertirlos en carne y pulpa; este fantaseo terrenal, este delirio materializador que, como convinimos, es la más honda virtud levantina, puede también ser para un poeta, pintor o músico poco conscientes — demasiados ejemplos hacen que no se olvide — la más total de las perdiciones. Sepamos, pues, vigilar bien nuestra entrega, nuestra pasión, nuestro

albedrío, porque de pronto, sin creerlo, sin saberlo, sin darnos cuenta podría suceder con nuestras condiciones naturales, que de tanto ejercitarlas ciegamente, se mecanizaran, se automatizaran y terminásemos por dar a las gentes y a nosotros mismos nuestra sola apariencia, la sola apariencia de nuestra inspiración y nuestro fuego en vez de nuestro fuego o inspiración reales.

Hay, además, en el libro que ocasiona estas divagaciones y aseveraciones, otro punto importante para una crítica sincera: esa maniática preocupación por conseguir poesía masculina y fuerte, poesía sin contemplaciones, sin miramientos. Pero lo que importa señalar aquí no es, como pudiera pensarse, el terrible mal gusto, la fealdad que esto acarrea a la poesía, sino la confusión y la equivocación que significa suponer que el arte admite otra fortaleza que no sea, como ya señala Juan Ramón, la del pensamiento más alto; la del pensamiento y la del sentimiento. Mozart, que es más fino que Wagner, es también más fuerte que él, ya que lo delicado y sutil tiene en su obra una salud, una potencialidad, una intensidad que nunca pudo el autor de *Los Nibelungos* poner en aquello que tanto cultivara como grandioso y poderoso; Juan Ramón Jiménez, tan exquisito, sí, es dueño de un vigor quizá único en la poesía moderna; y las estampas de Hokusai, tan delgadas, tan leves, tienen sin duda alguna más fuerza expresiva que los cuadros mismos de Ribera. No se me oculta tampoco, claro está, que no todo lo delicado es sano, y sé muy bien que de los poemas de Verlaine o de los lienzos de Watteau, con todas sus maravillosas cualidades, no podría decirse lo que estábamos diciendo, ya que uno y otro son, en efecto, artistas enfermizos, pero véase que lo son por enfermedad y no por finura, más aún, quizá son débiles por no ser suficientemente, verdaderamente, fuertemente finos. Cuidemos, pues, de no confundir unas cosas por otras y sepamos comprender también que la debilidad como la fortaleza pueden estar en todo y que nuestra obra no podrá ser fuerte o débil más que en la medida que nosotros lo seamos, porque ningún elemento exterior significa nada en sí mismo, y las palabras, los colores, los mármoles, aunque allí en su diccionario, en su paleta o su cantera pareciesen cosas ya dotadas de tal o cual condición, en arte ninguna materia en bruto es nada, y por lo tanto, nada propio podrán infundir o prestar a esa obra para la cual han sido requeridas. No, no pensemos que tal atrevimiento

exterior, que tal palabrota, que tal expresión fuerte o violenta ha de poner más vigorosidad, más virilidad y energía en nuestros escritos, porque sería una creencia infantil.

Pero en Miguel Hernández también encontramos de pronto versos sutiles y como dichos en voz baja, como teñidos de ensoñación. En el poema que titula *Canción del esposo soldado*, después de evocar a la esposa, le dice:

Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,

en un tono tan tierno, tan interior, y con un dejo tan misteriosamente sencillo, es decir, con una pasión tan sin vanidad, tan sin descaro, que por un momento casi podría pensarse en un Baudelaire más elemental. Y este esposo, allá en la guerra, desde sus horas pensativas, termina con dos fuertes versos, aunque ahora sí, con fortaleza no pegada, no colgada, sino nacida espontáneamente de lo más profundo de esos versos mismos:

*tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.*

Poesía en la guerra. Sí, dentro del tan difícil y cerrado recinto del arte, fué la poesía realmente lo que mejor supo cumplirse mientras sonaba en todo el espacio español la dura voz de la guerra. Claro que esto no quiere decir que la guerra sea más poética que plástica, que musical o novelable, sino quizá tan sólo que esa *brevedad* de lo que en poesía es puramente oficio, permite al poeta ejercer su trabajo dentro incluso de las mayores y más terribles agitaciones.

Es Miguel Hernández uno de los poetas que más plenamente ha vivido el peligro y la intemperie de esta guerra. Conoce, pues, todo su alcance trágico, aunque también sin duda esa gozosidad de sufrir por una causa muy noble. Sus poemas de ahora tienen, han de tener fatalmente, rasgos, signos, gritos muy verdaderos.

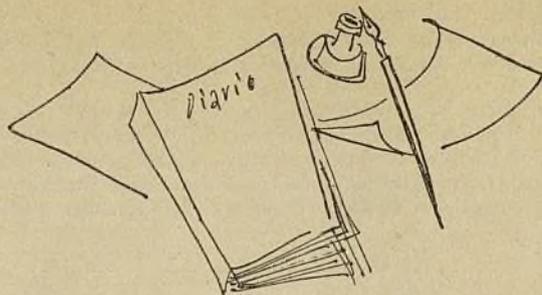
¿Es esto bastante? No sé si la primera verdad, si la emoción primera puede ser en arte definitiva verdad. Creo que no. Lo que Velázquez con-

sigue y descubre en *Las Meninas* y lo que Cervantes consigue y descubre en su gran libro no es la verdad, puesto que la verdad había sido ya vista y comprendida por Velázquez cuando pintara aquellos insulsos lienzos de su primera época, y por Cervantes cuando escribiera tantas páginas sin relieve; lo que uno y otro consiguieron y descubrieron en esas dos obras fué la mentira, la perfección de la mentira. Para eso, para ejercitarse en el mentir, para llegar a mentirnos totalmente, para darnos la verdad mentida en un cuadro y en un libro únicos, es para lo que tuvieron que trabajar con perseguido empeño durante años y años. Saber, conocer, haber visto la verdad, la verdad de la realidad, la verdad de las cosas no es, en arte, apenas nada, aunque sea, eso sí, la primera condición para hacer algo en él.

Miguel Hernández poseía ya, desde mucho, una forma de esa buena mentira a que aludimos, es decir, de perfección poética. En nuestra lucha, metido de cuerpo entero en nuestra lucha terrible contra el invasor y los traidores, ha visto quizá muchas y muy hondas verdades, muy hondas realidades. Su poesía de hoy, su poesía de *Viento del Pueblo* está llena, por un lado, de esas realidades que ahora vió y sufrió, y por otro, llena también de su antigua habilidad de oficio. Pero aquella forma de mentira, aquella forma más o menos suya de perfección poética no aparece aquí fundida a las verdades o empleada para mostrarnos las verdades, sino como un contenido independiente, suelto, algo inútil. Y esta desunión entre *poesía y verdad* es lo único que explica que en sus poemas encontremos junto a un verso de tono y ademán casi a lo Garcilaso, un renglón como desprendido de una crónica periodística.

Ni la más pura verdad, la mejor verdad, la verdad más verdadera puede ser ella sola nada en arte, ni la más sabia forma es nada por sí misma. Unir, fundir en un solo cuerpo tal sentimiento, tal emoción, tal o cual episodio — que son la verdad—, con una forma, una trampa, un artificio — que son la mentira—, es, como se sabe, el único, el solo arte terminado.

RAMON GAYA



TESTIMONIOS

DIARIO PARA AURORA

Gijón, 6-X-37, 11 horas.

¿Qué hay, Aurora, vida? Bueno, vaya por delante que parece que no tengo sarna. Lo que tengo es un prurigo, como dice el médico de la Policlínica. Por cierto que a mí lo de prurigo no me suena; pero el grandísimo bárbaro me ha dado una pomada que me ha hecho polvo. Me ungi — verás que hablo bien, ¿eh? — me ungi con ella ayer por la noche, y comencé a subir por las paredes. ¡Qué manera de picarme! Por lo visto es la reacción normal del medicamento, porque hoy me encuentro mejor.

De lo que no me encuentro mejor es de los nervios. Vida, mi vida, esto es una gata. Te tendré que escribir como salga, dejando ir la onda.

Estoy muy agresivo. Es una lata. Es la enfermedad. Hoy, por ejemplo, había conseguido ir pasando todo el día muy tranquilo. Y de repente la menor cosa me desequilibra y me pone rabioso. Caracteriza el estado mío la inestabilidad psíquica, el pasar del mal humor a la carcajada o a la agresión. Parezco un drama de gran guñol. ¡Qué le vamos a hacer! Soy la caricatura de mí mismo.

Hoy, a la hora de comer, me puse y nos pusimos todos de mal humor porque nos habían suprimido la carne en la comida. Cuando terminamos, fuimos a protestar de que sólo nos dieran garbanzos. Nos entretuvimos Germán, Muguersa y yo en redactar un documento estilo Quevedo consignando nuestra protesta. Iba lleno de desatinos. Bueno, las carcajadas se debían oír ahí en Valencia. Yo era el que más reía.

Seguí de muy buen humor toda la tarde, y como estaba en la idea de que el Comandante no me diría nada, porque estoy malo, me marché al cine. Apenas llego se me presenta Germán, que quería hablarme. Me dijo que el Comandante había preguntado por mí, y que había berreado porque no estaba. Luego había dicho que yo estoy completamente loco y que no se atrevía a ir a dormir al hotel por miedo a mí. Esto ya me puso fuera de quicio.

7-X-37, 11 horas.

¿Qué hay, Aurora, vida? Voy a dedicarme a copiar todo lo que escribí esta noche para entretenerme, porque el maldito insomnio ha vuelto otra vez.

12 horas.

Nada más empezar a escribirte han tocado las sirenas. Hemos tenido que bajar al refugio porque han venido varios aparatos de bombardeo. Uno de ellos ha dejado caer una bomba sobre el Estado Mayor, pequeña por fortuna, que ha dado junto a nuestro mismísimo quirófano. Nos ha dejado sin cristales. Un cascote ha caído sobre la máquina. Un encanto. Bueno, a ver si ahora puedo ir copiando.

8-X-37, 9.30 horas.

Ayer no pude hacer nada. Me molestó mucho ver bombardeadas mis cosas. Me fui a la Policlínica para hablar con el psiquiatra, que resulta que te conoce. Le conté todo, mi enamoramiento, la impresión que me ha hecho tu falta. Lo hice para ver qué relación puede tener con mi enfermedad. Me dijo que decisiva, y me pareció magnífico, Aurora, magnífico. Ahora ya no dudarás de que te quiero. Tu ausencia me ha producido una enfermedad. No es la única causa; pero ha sido decisiva en mi caída vertical. He hablado con otro médico de Santander. En lo fundamental estuvo de acuerdo con el de la Policlínica, aunque me habló con mayor dureza — es un médico con actividades políticas—. Me dijo que no lo puedo esperar todo de los demás, que mi deber es no abandonarme, poner en juego mi voluntad, etc. Todo esto yo me lo sé muy bien; pero la voluntad es una de las primeras cosas que se chafan en estas circunstancias. Ya veremos.

19 horas.

Esta mañana tuve que dejarlo porque el Comandante me llamó. Está hecho un pelma. He propuesto hoy que Germán me sustituya por unos días. No puedo con mi alma.

Voy a ver si, por fin, copio lo escrito la otra noche.

7-X-37, 0 horas.

MUCHACHOS DE UNIFORME. Se ha enrarecido el ambiente del Cuartel General. Se han ido las mujeres. Y esto ha causado trastornos afectivos bruscos. Me explicaré. El amor, según dice Ortega — no sé si la frase es suya — es un deseo de comprensión. Este deseo es infinito, existe siempre, y rige el mundo. Lo que nosotros llamamos amor entre los humanos, no es sino una parcela minúscula de ese deseo de comprensión total.

—Bien, yo aquí, pequeño filósofo, en la cama, con mi insomnio y mi mono, engolando la voz y queriendo ceñirme. Pero te quiero mucho, ¿sabes? Ahora que no nos oye nadie, te quiero mucho, mucho. ¿Qué bien se está en la noche! Decía un amigo mío que durante la noche se discurre mejor porque los tontos están dormidos y se aclara el ambiente. Bueno, a ver si sigo.

Y es mucho más reducida la parcela si el amor va de macho a hembra. Este deseo de comprensión puede sufrir alteraciones frecuentes porque la hembra sea para el varón un puro recipiente fisiológico, sin que haya una receptividad espiritual. De aquí el caso tan frecuente de los intelectuales invertidos, porque no han encontrado mujeres a su altura. Digo esto como explicación de una inversión psíquica, que puede llevar posteriormente a la inversión fisiológica a una persona no naturalmente o glandularmente predispuesta hacia ella.

—Bueno, Aurora, vida, esto se está poniendo la mar de bien, he buscado un tema tan sublime y ambicioso, y me estoy haciendo un lío tan grande para ceñirme y exponerlo con claridad, que me voy a quedar dormido. Hasta mañana, vida.

Pero antes de dormirme, hay una cosa que quisiera apuntar por si se me olvida, que tengo mucha amnesia. Es la psicología del ajedrez. Creo firmemente que no es la cara, sino el ajedrez, quien es el espejo del alma. Yo que aprendí a jugarlo entre enfermos mentales lo pude apreciar desde el primer día. Partidas aquéllas del Sanatorio de Lafora, con el mejicano y con Landrove. Bueno, tengo sueño. A ver si mañana lo desarrollo, junto con "Muchachos de Uniforme".

3 horas.

Es una lata. Está visto que no puedo dormir. Estoy jugando al escondite con la luz y el sueño. Enciendo, y empiezo a obstezar. Apago, y me espabilo. Además, tengo el subconsciente de un desvergonzado casi pornográfico. Fíjate lo que veo. Tomo una pastilla de luminal y parece que me quedo dormido.

Primera imagen: un trasatlántico a vista de pájaro o de avión. Con mucho sol. Bonitísimo. Desiderátum. A continuación, segunda imagen, una balaustrada iríste y gris sobre el mar. Claro, una playa cualquiera de aquí. El presente. Y lo más divertido es que a continuación veo un objeto de madera, con unos palos atravesados, que yo, que estaba muy tranquilamente observando más visiones, a ver lo que podían significar, creí que era una pasarela que hay para echar la tierra sobre el refugio que están construyendo en el Cuartel General. Entonces yo me digo muy serio: pasarela, refugio, Aurora, esto quiere decir que yo busco el refugio de Aurora, que quiero cobijarme en ella, ir a verla. Pero, si, si, sigo mirando y me encuentro con que la pasarela era de barco, con su cuerdecita y todo. Entonces ya no pude por menos de llamarle sinvergüenza al subconsciente, y encendí la luz. Este subconsciente mío es como los prestidigitadores malos, se le ve el truco.

Si tú no has leído a Freud, o a Jung, algo de psico-análisis, creerás que estoy como una cabra. Y sin embargo, pueden producirse imágenes de este tipo aún estando despierto, como aquélla tan bonita de la esponja que me dijiste en la carretera de Llueves, y que te dejó ya desnuda ante mi conciencia, con la seguridad tranquila de que me querías y me deseabas, cuando seguramente aún no lo sabías tú.

9-X-37, 11.50 horas.

Vida, vida, vida, voy a ver si copio de una vez lo de la otra noche, y salgo del atoladero. Si no, me quedo atrasado.

7-X-37, 6 horas.

¿Ves, Aurora? Es buenísimo — tú, Llueves, tú, Llueves—. Es buenísimo. Lo de jugar al escondite con la luz me dió una idea magnífica. Dejarla encendida, como que no me dormía. Y he dormido tres horas. Y ahora estoy esperando a que venga el agua — ya está ahí, ya sale por el grifo—, para bañarme y ducharme, a ver si así consigo otras dos horas. Bueno, estoy luchando a brazo partido con el camarada Hypnos. ¡Qué tío! Una tableta de luminal, dos ensayos de ensayos — que es lo que más me aburre — y una ducha antes de las siete de la mañana, con el frío que hace. Y hasta ahora no he conseguido arrebatarle más que seis horas, en dos grupos de a tres. ¡Demonio! Parece que hablo de piezas de artillería o de escuadrillas.

Me está escamando mucho todo esto. Mi diario se va pareciendo como una gota de agua a otra al que hice en el Sanatorio de Lafora. En aquél hubo un proceso de encaje, y en éste lo hay de desencaje de ideas. Son iguales y de signo contrario. Y es que ahora voy a peor.

7.20 horas.

Nada, chica, el camarada Hypnos me puede, es decir, al contrario, le puedo yo a él, porque no me duermo. Me he bañado y me he duchado, y nada. He pen-

sado en ti todo el rato. En ti y en tus cartas. No es que estén mal, no sé cómo decirlo. Les falta la tercera dimensión. Son como esos frescos decorativos que tienen unos colores muy suaves. Un poco lamidas, un poco incoloras.

Dejando a un lado tu manera de vestir, y tu trabajo en la cocina y en la casa — no me pegues, son artes aplicadas, esenciales en la época que vivimos — donde alcanzas realmente toda tu expresión, es en el piano. Y además habría que oírte sin estar demasiado cerca de ti, porque te pones fea, te conviertes en tu propia caricatura, se te recoge la barbilla... Pero, amigo mío, la música. Claro, así te quedas tú tan escuchimizada. Es que te vas por el piano. ¡Qué "tempo" magnífico tienes, qué brío, qué pasión, qué...! Me desespera no saber algo de música para poder matizar mejor lo que siento al oírte. ¡Qué fluidez, qué elemento líquido, qué juego de enanos en el bosque, qué aire de dibujo sonoro en aquellas notinas de las Danzas del Príncipe Igor!

8.45 horas.

Oye, Aurora, tengo graves sospechas de que una refugiada de Cangas que he visto la otra noche es la Virgen María. Lo que no casa es que lleva consigo una niña en vez de un niño. Pero quién sabe si la habrá tenido ahora con estos sustos que da la guerra, ¿eh?, o si habrá echado San José una canita al aire.

Verás por qué digo todo esto. La refugiada ha dejado su equipaje en mi cuarto y ha desaparecido. Abro un saquete, y me encuentro con que son manzanas. Figúrate, con el hambre que tengo. Me he comido dos. Es una desgracia ser ateo, porque si no hubiera gritado ¡milagro, milagro! Dos manzanas con el hambre que tengo. El hallazgo me ha producido profunda impresión, y quizá me convierta al catolicismo, aprovechando que me han salido muchas canas.

En fin, cría, hoy estoy de muy buen humor. Veremos cómo se da el día. Hasta luego. Me voy al Estado Mayor. Se me ha ocurrido un chiste, pero nunca se sabe dónde van a ir a parar estas pobres cartas de guerra tan zarandeadas. Las pobres cartas, que pegan bandazos como palomas asustadas, para ir a caer heridas, desplumadas, en un cesto de los papeles. ¡Pobres cartas mías, si no llegan a tus manos queridas! Mato al Coronel como las pierda. Lo mato. Las cartas son para mí el auténtico clavo ardiendo al que me agarro en estos momentos tan peliagudos. En fin, hasta luego.

10-X-37, 17.30 horas.

Estoy muy perezoso estos días para escribir. El médico me ha dicho que no escriba demasiado, que me puede hacer daño. Antes de nada voy a copiar lo que te escribí ayer.

9-X-37, 17.30.

Te escribo todavía en la cama. Si te fijas en la hora, te sorprenderá. Es que tengo permiso estos días para hacer un poco lo que quiera, dejando a Germán en mi lugar. Ayer me dió la puntilla el interrogatorio de un piloto alemán que hemos hecho prisionero. El Comandante me rió porque no ponía atención. Lo que pasa es que no la tengo, que la tengo enferma, que no puedo fijarme en las cosas de fuera. Que sólo veo lo que llevo dentro de mí. Además tuve que hacer enormes esfuerzos para no insultar al tipo aquél. Y me salí del cuarto.

En fin, por unos días haré lo que quiera. He sabido que una bomba ha deshecho nuestro puesto de mando en Cangas. Quisiera llegarme allí una noche para recorrer aquellos sitios tan queridos por última vez, porque temo que dejen pronto de ser nuestros. ¡Qué días más grandes, más intensos, más próximos — un mes sólo — y qué reanotos ya! Paciencia.

Esta noche he dormido, aunque hubo su cachito de insomnio, un insomnio de luz roja, para contártelo al oído, con tus manos entre las mías. Un insomnio de deseo terrible, de angustia de ti. Tuvo la culpa el haber saciado el hambre con una buena cena. Tendré que seguir ayunando para estar tranquilo. Qué bueno sería coger a unos cuantos santos distinguidos por su continencia y someterlos a un régimen de sobrealimentación. Acabarian riéndose de todos sus éxtasis y visiones y fumando un veguero imponente para ayudar a hacer la digestión. Sería divino.

Son las cinco de la tarde. Estoy en casa, echado en la cama, con un traje de paisano que me ha prestado mi primo. Me siento muy mal. Voy a ir a ver al médico.

Efectivamente, fui a ver al médico, en quien más que al médico veo al amigo, y sobre todo al amigo tuyo. Ando pegando bandazos. Yo sé que no debería contarte nada de esto, que si las cartas llegan a tus manos te van a inquietar, pero a quién, sino a ti, voy a confesarme. La guerra es dura, y a nadie le interesa que un hombre más o menos esté destrozado. A nadie, menos a mí, naturalmente. Y lo peor es que tengo que aguantar el chaparrón de las críticas injustas y de los doctores improvisados. Son las nueve y media de la noche. Me voy a ir con Germán a Avilés para ver si duermo un poco en el coche. Es el mejor remedio contra el insomnio.

Resulta que no he ido con Germán. En el momento en que íbamos a salir ha llegado un parte telefónico que decía:

—Se ha perdido la orilla derecha del Sella.

Germán preguntó:

—¿Cangas inclusive?

—Y le contestaron:

—Cangas inclusive.

Comprenderás que no fui a Avilés.

De modo que ya está, Aurora, vida. Cangas, nuestro Cangas, el cementerio en que está tu padre, los montes de Llueves, la casa de Sara María, — ¿qué le importa Sara María al Comité de No Intervención?—, ya está todo.

Para mí fué hoy un día de amargura, peor que todos los que estoy pasando. Venían los partes, y hablaban del collado de Llueves, y de la carretera del Pontón, que quedó cortada a media tarde. La carretera del Pontón, en la que te escribí mi primera carta — el paisaje de Garcilaso, ¿te acuerdas? — Todo, Aurora, todo. La tienda. — Te presento a mi hermana, tal y tal de tal. — Y tú que entras, con el gesto tan tuyo de levantar el abrigo con las manos dentro de los bolsillos. Y Emilia al balcón. — ¿Has visto a Lusa? — Y la carretera, y el cantarito de la leche. Y los muebles, Aurora, para eso nos fatigamos tanto en bajarlos al carro. Podían haber quedado en Cangas, ¿eh? Y la subida a Llueves, el día que la descubrí, que os alcancé a los tres cerca del alto. Y el guardarle las vacas al viejin. Y Sara María con sus ojos azules. Y la sidra. Y la parienta muerta. Murió, ¿quién, cómo se llamaba? — Aqué os presento a un primo de mi marido—. ¿Cómo ha quedado ella? Se acabó.

Se acabó, Aurora, vida. No me han desahuciado nunca; pero una sensación así debe experimentarse. Como la que tengo yo ahora. Me han quitado el único sitio en que yo había encontrado cariño y ternura desde que empezó la guerra. Aquel choque con tu tía, aquel sentir que "su" casa era "mi" casa. ¿Me creerías, Aurora, si te dijera que experimento una sensación de bienestar? Es la persona que esperaba con angustia una operación, y ha salido con bien de ella. Yo estaba esperando esto, que me amputaran Cangas, que me amputaran Llueves, que me amputaran Villameva, con el puentín, adonde tenía que llevar las órdenes a los vascos. Ya está. Y ahora yo aquí, solo, con Muguenza dormido en el sofá, con mi tabardo

sobre las piernas, mirando a la noche que entra por los cristales rotos del quirófano. ¿Cuánto puede durar esto, Aurora, vida? Tengo cincuenta tabletas de luminai. Le he quitado las suyas al Comandante, porque tenía la intención de no dármelas. Creo que me bastan. Hasta mañana, vida. Te beso en la frente.

12-X-37, 5.30 horas.

No resultó hasta mañana, resultó hasta pasado mañana. Ayer no te escribí por dosificar el diario, porque un diario de todos los días y de todas las horas es un poco absurdo, ¿no? Bueno, Aurora, prepárate para oír, o por lo menos, presentir, porque no sé si les daré salida, una serie de barbaridades. Llevo unas noches de luchar a brazo partido, no ya con Hypnos, sino con Eros también. Me entran deseos enormes de decirte cosas muy íntimas, de una ternura terrible, de decirte cómo me acuerdo de ti. Cosas y cosas, pero como no puedo, pues me aguanto y me retuerzo, y estoy dispuesto a acostarme con una mujer cualquiera, como quien se toma una purga.

Hoy estoy decidido a hacerlo, aunque tenga que ponerme en la cola. Prostitutos de guerra, merecían capítulo aparte, un capítulo lleno de ternura, de compasión, ya que nada desmerece su horror y su miseria de los hospitales y demás compañeros mártires.

Estoy insoportable. Tengo una tendencia a la coz y al desplante que no me aguanto yo mismo.

Ayer por la mañana me fastidió el Comandante mandándome a un recado — es ya para lo único que sirvo—. Había logrado una constelación de ideas muy apropiadas para cuajar en algo interesante. Fueron sugeridas por una conversación con Isaías sobre el carácter de nuestra guerra. Apuntaré el guión, de todos modos, antes de que se me olvide por completo. Partir de Fuenteovejuna. El carácter popular de nuestra lucha, el ser todos a una contra el señor. Y luego el paralelo con la primera Guerra de la Independencia. Mucho cuidado con esto. Subrayar la maravilla que supone que España, el país en que nada había, se haya organizado por su cuenta para aguantar una guerra de estas dimensiones, una guerra que en cualquier otra nación es objeto de una preparación minuciosísima, de detalle. Ver cómo España, saturada de arqueología, soñolienta, se planta de un golpe, sin esfuerzo aparente, dentro de la máxima modernidad bélica, y la soltura con que se mueve dentro de ella.

Habrà también biografía a todo pasto. Los milicianos geniales, el hombre del pueblo que se destaca, como Ladreda o como Cabrera. Buscar en cada caso a quien haya estado cerca de ellos y pueda dar noticias directas, vivas. En fin, cosas y cosas, Aurora, vida. Si no me matan aquí, qué maravilla hacer una historia de esta guerra, es decir, hacerla no, que mal iba a poderla hacer una sola persona; pero sí prepararla, reunir los materiales para ella.

Sería una gran publicación, en donde la historia contemporánea española, purgada de la estupidez que había sido hasta aquí, ocupara un rango magnífico. Acopiar materiales, reunir documentos, traducir cosas. La veo, la veo, trazaría ahora mismo a grandes rasgos el guión de los capítulos. Y luego habría que buscar a los colaboradores, a los actores y espectadores de este drama titánico, y hacer una cosa amplia, muy amplia, en marxista. Todo lo que es esta lucha entre dos mundos, el nuevo que pugna por asomar y el viejo que quiere pisarle la cabeza.

¡Y pensar que tiene uno que estar enfermo para creerse capaz de todo esto! Igual me pasó la otra vez. Hice una serie de planes ambiciosos. Y de ellos saqué una serie de ideas utilizables, aunque no del volumen que yo había creído. Todo

lo que ahora apunto aquí es factible, desde luego. En veinte años podía estar hecho. Y resultaría más legible que los "Episodios Nacionales" de Galdós, que como decía Germán, ya no va a haber dios que los lea en España, después de lo que nos está pasando.

Me preocupa Germán. Hace demasiados chistes. Está muy nervioso. Hoy dijo que en Gijón les debían poner bocina a los peatones, y quitársela a los autos de una vez, porque nadie se aparta. Está muy bien observado. Y te podría contar más chistes, a ver si me desembalo de la idea obsesionante de todos los trabajos que se podrían hacer si uno no se queda aquí. Todos estos guiones van adquiriendo ya un aire terrible de papeles póstumos.

Oye, Aurora, vida, si me matan, ¿te pondrás luto por mí? En Valencia ya habrá tela negra, ¿no? Es un antojo, ¿sabes? Aunque no lo lleves siempre, te haces un traje negro, y te lo pones cuando te acuerdes de mí, y te lo vas poniendo cada día menos tiempo, alternándolo con otros de colores, hasta que mi recuerdo se pierda a lo lejos.

Hoy sí que parece que va de veras, que estoy como una cabra, ¿no? Y sin embargo, lo que te digo no pasa de ser un recuerdo de una obra italiana "Nostra Dea", de la que creo que ya te hablé. La protagonista, Dea — diosa — cambia de carácter según el color del traje que lleva. Supongo que ya no harán cosas tan finas los italianos ahora. Conste que lo del recuerdo literario es puramente formal, ya que el fondo, lo del luto, lo digo totalmente en serio. Quisiera, ya ves tú qué bobada, tener esa demostración externa y un poco aparatosa de tu cariño, para que la viesen algunos amigos míos emboscados e inteligentes entre los que te moverás ahora y a quienes seguramente les faltaría tiempo para consolarte, si llegara el caso.

No te quejarás, ¿eh? Ya ves que tengo celos. Y celos prematuros, por lo que puedas hacer después de mi supuesta muerte. Todos estos sentimientos son nuevos para mí, y sin duda el desequilibrio que tú me has producido tiene una parte de culpa — hay otras cosas, la guerra, el cansancio, y de seguro, una predisposición mía—. Por ejemplo, ¿me creerías si te dijera que cada vez que me acuerdo de lo próxima que tengo la muerte siento más ansias de que seas mía, no por gozar, sino porque quisiera que tuviésemos un hijo? Pensar que a mí siempre me habían parecido los celos una cosa ridícula, y el tener hijos un percance molesto. Ahora me doy cuenta de que nada había sabido del amor hasta que un día del mes de septiembre del año de desgracia de 1937 tropecé en Cangas de Onís con una muchacha que se llama Aurora, y que eres tú.

12-X-37, 10.30 horas.

Aurora, vida, esta mañana me cansé de escribirte. Me salía todo feo y desnivelado. En vista de ello, de que no estaba en forma, me puse mi hermoso traje negro de paisano, y me fuí de mañanita por el puerto, a ver amanecer. No sé como no me detuvieron, con documentos y todo, porque de no darme por chiflado completo, debía de tener aspecto de espía. No creo que vaya muy bien con el momento actual que un hombre bastante joven, vestido de negro, se pasee a las siete de la mañana por el puerto de Gijón con las manos en los bolsillos y el aire de desocupado que yo llevaba. Lo malo es que aquí, tal como yo estoy, no puedo pasar de ser eso, un sin trabajo. Soy tan inútil como las luces de situación verde y roja, que siguen señalando a pleno sol la entrada del puerto con sus latidos de color. Así me he quedado yo. Y eso es lo que pensé al verlas.

Y luego los barcos. Menos mal que, con enfermedad y todo, sé que tengo la cabeza sobre los hombros, porque si no... Fuera de los inevitables nombres de mujer,

"Rosita", "María Emilia", un barco se llamaba "Mariano Benlliure". otro "Goya", otro "Zuloaga". Parecía un museo y no un puerto. No sé de dónde diablos habrán salido esas aficiones artísticas de los patronos de barcos de Gijón. Por cierto que el "Mariano Benlliure" era rechoncho y tripudo como él, uno de esos barcos que llevan la chimenea atrás de todo, un barco cursi.

Seguí mi paseo por el muelle, y llegué hasta un sitio donde un centinela muy digno, junto a un torpedero o cañonero que se encontraba en un estado de conservación análogo al de tu piano de Cangas, me dijo que no se podía pasar. Nunca se lo agradeci bastante. Para volver tuve que subir por una escalera de piedra pegada al muro. Creí que detrás del muro habría una explanada. Sí, sí, explanada. Lo que había era el mar libre, picado, estupendo, que saltaba hasta lo alto del muro mismo, llenándolo de espuma. El muro era el malecón que cierra el puerto, y yo no me había fijado.

Chica, ¡qué magnífico el mar, qué color, qué movimiento el de las olas! Lo primero que me recordaron al romper contra el muro y volver para atrás fué la endulción de tu pelo rubio. Había una simetría perfecta entre la ola y tu pelo, cuando lo soltaba el peine. Me vi en el cuarto de atrás de la casa de Cangas, esperando para que saliéramos. Esto me puso de un Werther terrible, y estuve dando vueltas por el malecón.

He encontrado un sitio magnífico para suicidarme, si vienen mal dadas. Es un saliente, como una atalaya, sobre un acantilado en que rompen las olas. Allí van los marineros a mear, etc., y a tirar basuras. Huele muy mal. Esto romperá la bella armonía del conjunto si efectivamente tengo que ir a suicidarme allí, cosa muy posible.

En fin, como hoy no me corría prisa, después de saturarme de aquella vista estupenda — lástima no ser pintor, parecía una cosa de Van Gogh — me volví al hotel por una travesía que tiene un nombre divino, "Tránsito de las Ballenas", mirando otra vez los barcos, entre los que se han quedado algunas lanchitas pintadas con colores chillones, desplazadas allí como las veraneantes a quienes la modista aún no les ha terminado el traje de otoño. ¡Pobres lanchitas de colorines, recuerdo de paseos y de regatas, de alegres días de fiesta, qué solas estaban!

14-X-37, 13 horas.

Aurora, vida, verás que te soy terriblemente infiel. Hace dos días que no te escribo. Realmente no he tenido ni tiempo ni ganas, porque esto de no hacer nada es una de las cosas que más ocupan. Estoy muy fastidiado por una serie de razones, que si las anotara todas formarían un nutrido volumen. Paso muy mal las noches. No me defienden ya ni el luminal ni ciertas purgas de que ya te hablé. No me defiende nada.

La aviación enemiga ha bombardeado hoy Gijón de un modo salvaje. Se ve que quieren cumplir su promesa de dejar Asturias convertida en un solar. ¡Qué bárbaros! Vinieron a las siete. Siete trimotores. Yo ya llevaba dos horas despierto. Había dado ya un paseo por el puerto y todo. Sonó la alarma. Y pasaron tres cuartos de hora sin que se viera ni oyera nada. Yo bajé junto a la entrada de un refugio improvisado, que hay en un sótano, junto a nuestro hotel. Como no me puedo estar quieto, estuve dando vueltas por la calle, fumando y escuchando el silencio.

De repente veo un hombre que corre, gritando:
—¡Qué vienen ahí!

Bajé al sótano refunfuñando, y creyendo que era falsa alarma, porque nada había oído. Y apenas llego abajo cuando toda la casa se estremece con las detonaciones. Se apaga la luz, y me derriban sobre un enorme montón de papeles viejos. Caen sobre mí personas y personas dando gritos.

Salí del sótano por una ventana. Todo estaba lleno de humo. Cuando se fué aclarando, pude ver que las bombas habían caído muy cerca, que había casas hundidas y otras que habían comenzado a arder. Como no sabía exactamente cuál iba a ser mi reacción si me encontraba gentes en pedazos, como en Begoña, fui a llamar por teléfono. Pero estaba cortado. Luego me encontré a un grupo de conocidos que se dirigían al Ayuntamiento, que está allí cerca. Me pareció ridículo formar parte de una comisión tan numerosa, que con pretexto de llamar a los bomberos y de buscar camillas, lo que quería sin duda era ganar tiempo para no tener que entrar en las casas hundidas, y me marché.

Me entretuve en ir a ver lo que le había ocurrido a la casa donde estuve el otro día a tomar la purga, al burdel.

Estaba casi deshecho. Tuve que entrar sobre montones de escombros. Subí al cuarto donde había yo estado, y vi la cama llena de cascotes. Aquello me enterneció. Me quedé allí un buen rato. Cuando bajaba, vi a las chicas, que habían salido de un refugio próximo. Hablé con la que había estado conmigo, una rubia muy templada, que estaba muy tranquila, aunque la bomba la había cogido en la cama de los cascotes.

En cambio el ama, tan papelera y tan teatral como lo son siempre, se dirigió a mí con voz angustiada:

—¿Qué va a ser de mí ahora? ¿Qué voy a hacer yo?

—No lo sé, señora — le contesté muy secamente—. Por de pronto, mudarse.

Di media vuelta y me marché. Realmente no hay derecho, es intolerable. Que estas gentes que no sufren, para quienes es indiferente que mueran en las trincheras hombres y hombres magníficos, diez mil veces más valiosos que ellas...

14-X-37. 23.30.

Nueva decoración. Estoy junto a Villaviciosa, en casa de mis parientes. Frente a mí hay el retrato de una mujer inquietantemente guapa. Es la novia de mi primo, el médico. Tendré necesariamente que descolgarlo, porque el tuyo grande, Aurora, vida, lo he dejado en Gijón, y los otros que tengo son tan pequeños y tan malos que no pueden contrarrestar éste, que me distrae.

No podía ya seguir en Gijón. Me he venido aquí a ver si freno. Pero lo veo difícil. Me hablan ya los objetos. La perturbación que me produce este retrato es del todo morbosa. Es lo único que tiene sentido en la habitación. Es una mujer que, como tú, tiene raza. Se le nota en el cuello del vestido que lleva, se le nota en la cara, en todo. Lo que yo daría por tener de ti una foto como ésta, una foto que te actualizara en mi recuerdo, tal como te vi precisamente el día que te dije que tenías raza, cuando me acompañaste al Estado Mayor, ¿te acuerdas?

15-X-37. 5.30.

Sol, Aurora, cielo, me acuerdo muchísimo de ti. A través de esta oscuridad y de este silencio llego a ti muchísimo mejor. Es tremendo, no dispongo más que de un cabin de vela, cuando se termine, ¿qué te puedo escribir? Aurora, vida, qué bien si en un sitio, en un ambiente como éste, pudiéramos encontrarnos tú y yo. En

un ambiente como éste y sin guerra. Sigo en plan "Hombre y Monstruo". Tú harías que el monstruo se fuera a hacer puñetas, ¿eh?

¡Qué reacciones más curiosas, y en el fondo más justas, tuve ayer con el bombardeo! Te las estaba contando, y tuve que dejarlo porque entró gente en la habitación. Me cuesta ya un trabajo horrible coordinar, me distraen los objetos que hay sobre la mesa, las ideas van a la deriva, el retrato he tenido que quitarlo.

A ver si consigo hablarte del bombardeo. Si es que no me interesa, si lo que me interesa eres tú. Tú que no estabas allí como el día del hotel, cuando hundieron la torre de Revillagigedo. No estabas allí para colgarte de mis brazos, para cobijarte contra mí.

Es magnífico. He tirado por la ventana un papel que me estorbaba. Lo he tirado ardiendo, y he despertado a un grajo. Se ha ido por ahí danzando y pegando graznidos. ¡Anda! Y ahora le resonde otro, que debe de ser una lechuza. ¡Vaya diálogo! ¿Qué dirán estos tios? Tendré que pedirle a Sigfrido una edición de bolsillo de su libro sobre el lenguaje de las aves. Como ves, no hay dios que me ciña la atención, la voy teniendo hecha caldo. Es una gracia. Además tengo unas asociaciones rapidísimas, rayanas ya con la fuga de ideas. Grajo, cuervo, yo escribo, como Edgar Poe, si no precisamente sobre un libro "of forgotten lore" — de olvidado saber—, sí sobre unos cuantos tratados de psiquiatría y enfermedades nerviosas que he expurgado en la estantería de mi primo. Claro, el cuervo — ¿Conoces el poema de Edgar Poe? repetía machacón, "Never more, never more", "Nunca más, nunca más". Y esto quiere decir que nunca más te veré. Y se me llenan los ojos de lágrimas.

No le tengo miedo a esto más que porque no estoy en forma para los días que tendré que vivir en plazo muy próximo, si Dios y el Comité de No Intervención no lo remedian. Porque te quiero mucho, que si no ya hubiera mandado a hacer gárgaras el diario. Es decir, la inteligibilidad del diario. Me va resultando más cómodo hablar en cifra, con un sistema de alusiones que sólo yo lo entienda. Es una lata tirar del hilo en esta maraña que se va armando la cabeza mía. No va a haber guiones que me lleguen, tendré que emplear paréntesis redondos y cuadrados como en las fórmulas matemáticas. ¡No puedo, no puedo! Decía que en el pueblo no hay ajedrez — ajedrez, fijador de la atención, pañuelo sobre las sienes, tú—, ni creo que sea posible proporcionarme ahora lápices de colores. Es para ver si tomo algún apunte, que resultará como lo que pintaban las señoritas del siglo pasado. Pero que a mi pobre cabeza le iría muy bien.

Son ya las 0.20 del día 16. Debo decirte, para tu tranquilidad, que me siento mucho mejor. Que por la mañana bajé a Villaviciosa para ver los efectos del bombardeo. Estuve en el hospital de charla con mi primo. Por la tarde he dormido, me he bañado, y he encontrado lápices de colores. He pintado para los crios de mi prima que son unos soles, un tanque muy ridículo. Y todo ello me ha sentado bien. He vuelto a Villaviciosa a cenar, pisando cascos y cristales rotos. La situación va bastante mal; pero hace una serie de días que yo no me encontraba tan bien como ahora. Veremos a ver mañana, es decir, hoy, después de dormir. Me voy a la aldea, a silbarle el valsecito a las estrellas. Salud, vida, Aurora, mi vida toda.

17-X-37, 4 horas.

Ayer no me fué posible escribirte más. Hizo un día "divino, si encubriera más lo humano", como dijo Cervantes de la Celestina. Divino, porque ha sido de una nitidez, de una diafanidad dignas de Sevilla, y humano, ¿para qué te lo voy

a contar? La Muerte ha paseado por el aire todo el día, y no como en el verso
¿de quién?

*ven muerte tan escondida
que no te sienta venir*

ya que el zumbido de los motores, conducido maravillosamente en el aire tan puro,
no se nos ha quilado de los oídos.

Estos bárbaros han hecho polvo Colunga, Infiesto, El Berrón. No soy sólo
yo el que anda loco, sino el tiempo, no el atmosférico, que ¡maldita sea su estam-
pa! es "buen tiempo fijo", sino el otro, el histórico, que diría don Pepe Ortega.
Y aquí me tienes a mí haciendo el don Tancredo, esperando la muerte, o lo que sea,
en este trance. Trance, tránsito, paso, camino de la Vida a la Muerte. ¡Qué momen-
tos me esperan, Aurora, vida! Es el bonito número de circo en que se salta de un
trapecio a otro, y si no lo agarras a tiempo te estrellas. Tal como van las cosas, yo
tengo la sospecha de que ya se ha callado la música y ha comenzado a redoblar
el tambor. En fin, también es en "El Circo" de Charlot donde termina dándole
una patada al destino, al amor, a todo. Eso tendré yo que hacer con mi vida,
con mi amor hacia ti, con mi trabajo. Paciencia y barajar.

R. I.

POEMAS

de *BERNARDO CLARIANA, LUIS
PÉREZ INFANTE y RAMÓN DIESTRO*

CERCADA SOLEDAD

I

TUYA sola es la voz de nadie más ahora
que una niebla de muertos se extiende por la tierra
y los astros señalan bajo un terrible cielo
nuestro humano destino de infeliz existencia.

Volverán vanamente las primaveras lípidas
proclamando en la tierra su perfumado oficio
nuevamente el estío madurará sus oros
acunando un calor hasta otoño abundoso.

Con pie nevado invierno pisará los sembrados.
Desdeñoso es el paso de su alternado curso
ante el dolor humano que tiembla en desamparo.
Solitario está el hombre como un planeta inmóvil.

Inútil es el tiempo para tejer olvidos
— otoño amarillento que sus ramas desnuda —
si rinde el corazón sus juveniles sueños
la tierra en cambio abonan desengaños lentísimos.

Diferente es la voz que conmueve a los hombres
ni la palabra logra expresar nuestro anhelo.
No cabe compartir este recuerdo oscuro
que la sangre estremece o los ojos invade.

No les salva a los hombres ni en su inmediato sino
ese dolor común que organiza a las gentes
hacia una estrella izada por numerosos brazos
o una felicidad que no distingue labios.

Lamentable es el hombre sometido a destierro
 si no es igual la rosa que ven distintos ojos
 ni la voz se entrecorta ante entrañables nombres
 Unicas son lágrimas que anegan sus pupilas.

Solitario conduce el pastor sus rebaños
 y las puertas se cierran a las nocturnas sombras.
 Así pasea el hombre su soledad terrestre
 conduciendo sus penas por los llanos del pecho.

Palmas cual tierra muestra ojos como lagunas
 señales son purísimas de su común estirpe
 No niega sus raíces ni el aire compartido
 que como espacio ramas posible su voz hace.

II

Mas escuchad su duelo.

De recuerdos ternísimos
 o indecibles vergüenzas la misteriosa niebla
 de su alma se ha formado como un rubor que tiembla
 por pronunciar el nombre de la flor que lo tiñe.

Si los ríos se buscan para sumar sus cauces
 agrándanse las nubes hasta negar sus bordes
 y los campos prescinden de sus antiguas lindes
 imposible es que el hombre su soledad comparta.

Pasará solitario por los duros oficios
 ciudades como fábricas y puertos cual barandas
 por donde asoma el pecho emigrante del hombre
 hacia un país que espera su muerte o su fatiga.

No pueden las banderas sustituir la luz
 las estrellas no logran mirar como unos ojos
 ni el grito de las gentes valer por ese nombre
 que los seres pronuncian enmedio del delirio.

Hay manos sepultadas cual raíces de cuerpos
 pupilas en lo oscuro llorando inmensamente
 tempranísimos lutos por el odio ordenados
 que vence una bandera que despliega la sangre.

Decisiva es la lucha que exige nuestro esfuerzo
 y golpea nuestras sienas con sombríos mandatos.
 Enclavado está en ella nuestro gran desamparo
 turbando hasta la sangre de su soledad clara.

Mas volverá la voz a la canción tranquila
 y el humano concurso a estimular los campos

de nuevo las guirnaldas colgarán viejos troncos
y tramará el amor sus disputas más tiernas.

¿Pero está entre nosotros su misterioso nombre?
Vivimos en ausencia sin rozar nuestros cuerpos
perdidos entre gentes que viven su destino
Así pasea el hombre su soledad terrestre.

No comprende la vida esta pena inmutable
ni ese lento sollozo que a los hombres aísla.
Tal pasan sus estruendos al borde de sus ojos
dejando una amargura indecible y tristesísima.

ARDIENTE PRIMAVERA

(Elegía a los muchachos muertos.)

¿NO podrás blanco abril devolver esos cuerpos
de la tierra que oprime sus huesos juveniles
si el tiempo no bastó para teñir su sangre
con el fuego que olvida las venas que recorre?

No llegó su deseo en su rubor ardido
a ese punto en que ocurre el oscuro abandono
que los miembros ahoga de raíces hinchadas
sobre la amada quieta en el goce rendida.

No la esposa que guarda el celo de su vientre
ni la amante engañosa que su carne impacienta
no dejan su memoria adolescentes días
sino un luto larguísimo de inconsolables madres.

Empujan a las hierbas y mueven los arroyos
sus enterrados sueños de pastores ternísimos
Ni sus cuerpos murieron como no muere el agua
o la nube aunque ofrezca su lluvia a la sequía.

Más que muertos parecen vivir bajo los campos
este abril que ya anuncia nuestra paz o la muerte
No vivimos nosotros pensando nuestro sino
como no mueren ellos soñando bajo tierra.

Allí están en un tiempo sin principio y sin término
entre ovejas difuntas con los ojos abiertos
junto a un río que pasa su innumerable espejo
de subterránea luna o luminoso llanto

No son con serlo tanto tristesimas sus muertes
la primavera pasa sin ojos que la miren
dejando entre las hojas un tibio olor a cuerpos
de sudorosas frentes en inocentes juegos.

Quieren vivir de nuevo la ardiente primavera
cuyas flores ignoran o sólo saben de ellas
esa fragancia espesa que respiran los muertos
oliendo seriamente las flores de su tumba.

Vendrá la paz de nuevo; las novias llevarán
sus desbordadas ánforas al altar de los héroes
cuando las tardes mueran temblando los senderos
una fragante estela de vestidos y cánticos.

Solamente el hogar cerrará su tragedia
cavando su silencio en los ojos hundidos
y en ese plato menos de la familiar mesa
que cuenta humanamente la doméstica pena.

En las alcobas viven del dolor que producen
apretando sus sombras al costado materno
sin que turben su sueño transcurrido entre insomnios
los llantos de las nueras con sus gritos de celo.

BERNARDO CLARIANA

Abril 1938.

CUATRO POEMAS DE MADRID

ESTOS ESCOMBROS

Este latir tan hondo de las piedras,
sin carne ya y los huesos calcinados,
este, a veces, soñar con lo que fueron,
llenan el aire con la voz que acusa
de la verdad sin cáscara ni traje.
Estos escombros, digo, estos montones,
esta fosa común de tantas casas
— palacios nunca, sino siempre albergues
de la España mejor, trabajadora—,
ya viven con más vida que los montes,
tienen tan alta voz que ni la nube
más impasible, ni ese inmenso cielo
pueden seguir guardando su equilibrio.

Resulta, pues, perfectamente inútil
que los culpables quieran ser de roca:
porque el diamante es menos que la cera
cuando el mar ha perdido su honda calma.

LA VOZ DE LOS MUERTOS

Sí, porque estamos más vivos que nunca,
con la vida gigante del que sabe
morir en pie cuando la Vida ordena,
de entre esta tierra y esta sangre — fango
que si nos cubre el cuerpo no nos mancha —
salimos, camaradas — frente único
que hemos forjado para hablaros, vivos—:

Mirad en nuestros pechos las heridas
que empaparon de sangre nuestros campos,
y mirad en la luz de nuestras frentes
el signo inconfundible de los hombres.

Os hablan — frente único — los muertos.

Recordemos que un traje, compañeros,
aunque sea bello el cuerpo que lo vista,
no es más que un saco lleno de vacío
en tanto que la Vida no reclama
la evidencia del ser en su momento.
Vuestro momento aquí: mirad que invade
todo el espacio enorme que os rodea,
que paraliza el viento, que se filtra
por la roca y el monte; que los hiere,
que hasta el reloj se pasma y lo señala.
El momento está aquí. Y allí la prueba:
la Muerte y el mirarla pecho a pecho.
...Y lograréis la libertad del mundo
y la impalpable vida de los héroes.

LA VOZ DE LOS VIVOS

Nosotros estamos vivos,
verdaderamente vivos,
con plenitud de pájaro sin jaula,
con la inquietud del agua sin estanques.

Nuestros brazos, un mar.
 Y no habrá muralla que nos contenga:
 porque dentro llevamos
 la honda rebelión de los océanos
 cuando se cansan de su calma inútil,
 porque en los aires vibra
 la voz libertadora de las masas,
 y porque nuestros muertos
 viven ya con la vida de los héroes.
 Lo arrollaremos todo,
 avanzando, avanzando...
 En la lucha final,
 contra la inmensa roca de la Muerte,
 con la furia del odio que galopa,
 se estrellarán nuestros mejores puños
 hasta dejarla en playa sin distancias.
 Pero a los comunistas
 eso no nos importa.
 No nos importa el filo que nos siegue
 de cien en cien nuestros robustos brazos:
 por cada uno que en la lucha caiga,
 surgirán mil que cantarán victoria.

A GERDA TARO, MUERTA EN EL FRENTE DE BRUNETE

Si es verdad que caíste, camarada,
 también es cierto que viviendo sigues
 eterna juventud entre nosotros.
 Lo mismo que la rosa
 vista por la mañana en mayo un día,
 si luego la encontramos,
 muy lejos del rosal, pisoteada,
 perdura en el recuerdo lozanísima,
 así para nosotros, Gerda, eres.
 A pesar de tu muerte y tus despojos,
 el oro viejo que tu pelo era,
 la fresca flor de tu sonrisa al viento
 y tu gracia al saltar,
 burlándote a las balas,
 para grabar escenas de la lucha,
 nos dan aliento, Gerda, todavía.
 En nuestra casa vives, no lo dudes,
 por todos los rincones siempre habitas,
 las paredes reflejan tu figura
 y este dolor tan hondo que sentimos
 lo preside a diario tu presencia.
 La guerra sigue igual, como la vistes.

Y en medio de esta muerte, esta ruina,
 más agudo que silban los obuses,
 más fuerte que la bomba en su estallido,
 te decimos con fe nuestra esperanza:
 que puede más la flor con su hermosura.

LUIS PEREZ INFANTE

Madrid, 1936-1937.

A JUAN BARNÉS, POETA MUERTO EN GARABITAS

Lo sabe el viento, el agua y el manzano
 y la tierra de soledad entrañada
 cuajo moreno donde está posada
 la tristesísima muerte de tu mano.

Nunca caíste, tú, segado en vano
 por fusil torpe y bala despiadada,
 que tu aventura trepa y va montada
 en aire ardido que galopa el llano.

No es última tu muerte, amigo, hermano,
 que tu sangre resuena clamorosa
 al frío invierno y cálido verano.

Como anuncio de vida prodigiosa
 la clara muerte dibujó temprano
 las fieles letras de tu vida hermosa.

Moscú, 1937. Verano.

P O E M A

Desde esta triste llanura alejada,
 ciega de fríos maduros
 va mi voz como pájaro perdido
 hacia ti, ciudad martirizada.

Como fruta no hecha, aún delgada,
 necesito tu sol y tu hecatombe,
 oh ciudad que sangras,
 oh, fresca huerta, herida soledad.

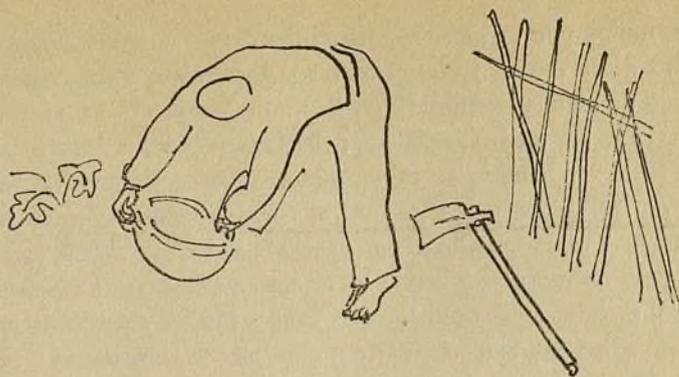
No he perdido la fe, ni la desesperada
 esperanzas de ver tu cielo claro,

tu ardida noche
tu bravísima luz desmesurada.

En esta triste llanura alejada
tus seis quemadas letras
oh, ciudad que sangras,
son un vilo de alegría alborotada.

Moscú, octubre de 1937.

RAMON DIESTRO



EL COJO

Desde aquel último recodo todavía se alcanzaba a ver el mar. Las laderas se quebraban en barrancos grises y pardos y se allanaban a lo lejos, en eriazos con rodales. Hacia arriba los cerros aparecían pelados como si la tierra estuviese descortificada en terrazas sucesivas, sin hierbas ni flores: sólo los sarmientos plantados al tresbolillo, como cruces de un cementerio guerrero. Los jorfes, cubiertos de zarzamoras y chumberas cuadrículaban la propiedad siguiendo, geoméricamente, los pliegues del terreno; la carretera serpenteaba, cuesta abajo, camino de Motril, y el polvo caminero se salía de madre: las collejas, las madre selvas, los cardos y otros hierbajos cobraban bajo su efecto un aire lunar, y los juncos, más lejos, se defendían sin resultado: lo verde vivo se cargaba de piedra, lo cano era sucio, pero lo que perdía en lozanía lo ganaba en tiempo: aquel paisaje parecía eterno; el polvo se añascaba por las ramas más delgadas: para quien gustare verlo de cerca parecía nieve fina, una nieve de sol, o mejor harina grisácea, molida a fuerza de herraduras y llantas y esparcida por el viento. Los automóviles levantaban su cola de polvo: por el tamaño podía un pastor entendido en mecánicas, que no faltaba, estimar el número de caballos del armatoste, y su velocidad. Desde aquel hacho se divisaba siempre una teoría de carros, camino de Málaga o, en sentido inverso, hacia Almería. Tiraban de ellos dos, tres o cuatro

caballerías, mulos por lo general; todos los carros con su lona grisácea puesta, color de carretera, y con el carretero durmiendo, a menos que bajara acometido de alguna necesidad o a liar un cigarrillo en compañía. Chirriaban los ejes, las piedras producían baches de vez en cuando. El carretero no suele ser hombre de cante, que es cosa de campos; aquello era el paraíso de las chicharras, es decir: el silencio mismo. No se sudaba: los poros estaban cerrados a lodo por el polvo, la piel se corría del cetrino al gris, el pelo de moreno a cano. El aire se podía coger con los dedos de caliente y pesado. Desde allí los que iban a Motril husmeaban el mar; los que llegan no se dan cuenta de que pierden horizonte: bastante tienen con el cielo.

En aquella revuelta, vuelto el cuerpo hacia Málaga, a mano izquierda se parte de la carretera un camino de herradura con sus buenos doscientos metros, empinado como él sólo, viene a morir a la puerta de una casucha, chamizo o casa de mal vivir, en el sentido estricto de la palabra. Allí vivían “La Motrilerá”, su marido “El cojo de Vera” y una hija de ambos, Rafaela Pérez Montalbán, único retoño de diez partos fáciles. Tan fáciles y rápidos que cuatro de ellos tuvieron por toldo copas verdegrises de olivos; lejanos de toda habitación, anduvieron huérfanos de toda asistencia: como siempre se había equivocado de fechas, el hombre trabajaba lejos y allá iba ella con su barrigón a llevarle la comida por mediodías imposibles y banales poco propicios. Llegaba tropezando en surcos y piedras, sucia del sudor de los dolores y de su voluntad de no parir hasta volver a casa, el hastial lanzaba su maldición y su taco, cortaba el cordón umbilical con su navaja de Albacete lavada con el vino que le trajera la cónyuge para el almuerzo. La sangre corría derramada ya sin dolor, el crío se liaba en el refajo; según donde se hallaran o él se la cargaba en hombros o la proximidad de algún vecino permitía unas primitivas angorillas. Otra vez en que él andaba renqueante, volvió a pie. “Todas son iguales —solía comentar con el compadre—. No aciertan nunca.” Ella enfermó una vez y estuvo veinte días con calentura. Se le pasó por las buenas y la criatura vivió por milagro. Fué la última. En aquellos trances la madre solía ver las cosas turbias, tras una pantalla de algo desconocido que acababa por caer rodando sobre su corpiño por no hallar mejillas por donde correr. Cetrina, vestida de negro, con los años se le había ido

abombando el vientre, y ahora tenía la costumbre de cruzar las manos al nivel de su cintura de manera que descansaran sobre el abultamiento de su abdomen, como sobre una repisa. Ambos eran callados y no se enteraban de las cosas fuera del área de las tierras a cultivar. A cultivar para el amo como era natural. Los tenían por gente extraña, no extravagante, pero sí extranjera; no eran de la tierra y se habían quedado ahí, lejos del pueblo, sin contacto alguno. Vivían y no le importaba a nadie, posiblemente ni a ellos mismos. El Cojo era pequeño, escuálido y todavía más parco en palabras que su consorte. Parecía tenerle cierto rencor a su voz, porque el Cojo de Vera había sido un buen cantaor; nunca tuvo una gran voz pero sí le salían roncós, hondos y con gracia los fandanguillos de su tierra: ese lamento amargo de los mineros de Almería lo expresaba con naturalidad y sentimiento. Porque había sido, a lo primero, minero. Minero de esas sierras de entraña rojiza que corren de Huerca a Baza; el polvo que respiró por aquel entonces le fué, más tarde, minando la voz cuando vivía de ella, en Málaga. El Cojo de Vera conoció su época de gloria, no había noche sin juerga ni amanecer que él no viera. Aquello duró poco, la voz se le fué muriendo. Primero se espaciaron los clientes, luego fueron bajando de categoría, el papel se fué convirtiendo en plata; los jolgorios en merenderos y aguaduchos en largas esperas en trastiendas de burdeles, perdidas en lentas conversaciones con ciegos tocadores de guitarra. Entre las risas del bureo cercano no se oía distintamente más que aquel mecánico "Dame diez céntimos para el contador del gas", seguido del sonido de hucha que hacía la calderilla al caer en el armatoste. Las mujeres eran morenas, tristes, sucias y honradas, "tú que te has creído, yo soy una mujer decente". "La peque" que por seguir la corriente solía tener fama de perversa, no bajaba casi nunca, retenida "arriba" por su clientela de canónigos y horteras. El amanecer no estaba hecho para dar lustre a las cosas. Con las primeras luces solían ir a tomar café a una plazoleta donde corría airecillo y olía a jazmín. Se caían de sueño, y los ciegos se marchaban en hilera con el bastón a la derecha, la guitarra en el sobaco izquierdo. Nadie sabe a que menesteres hubiese bajado el Cojo cuando una noche de junio para adorno de una juerga se lo llevaron a Motril y lo dejaron allí, por hacer una gracia.

Dando una vuelta por el pueblo, que no conocía, se cruzó con la Ra-

faela y como no carecía de salero no tuvo que insistir mucho para que la chavala se fijara en él. Se quedó allá. “¿Qué haces?” — le preguntaba la mocita. “Chalaneo” — le respondía. Y ella se daba por satisfecha. El seguía ganando su vida como podía: lecho no le faltaba. Una noche en que prestaba sus servicios entre gente de paso le reconoció un señorón de los de la tierra, don Manuel Hinojosa. “¿Dónde te has guardado aquella voz?” “Aquello se acabó, don Manuel”. “¿Y qué piensas hacer?”. El cantaor se encogió de hombros, don Manuel tenía el vino generoso y en uno de los descansos mientras los amigos estaban “arriba”, como el Cojo le hablara de la muchacha, arrastrado por la mucha manzanilla que el rumbo de los mequetrefes descorchaba, el señorón le dijo de pronto: “¿Quieres una colocación?” El amontillado le abrió la espita de la filantropía: aquella mañana había rechazado con mal humor el arriendo de aquella casucha, sus viñedos y sus cañaverales a varios campesinos a quienes debía algunos favores electoreros, pero ahora, de pronto, con el calor del alcohol en el estómago y un vago optimismo en la cabeza le hacía gracia convertir aquel infeliz testigo de sus jolgorios en trabajador de sus tierras, un capricho que se pagaba. “Con tal de que tengas por allá algunas botellas de la Guita y una guitarra, por si caemos por allí”. Se rió. “¿Y esta niña? ¿Es de la casa?”. El Cojo puso cara seria. “No, hombre, no, ya sabes tú que yo no...”. En efecto, aquel hombre acompañaba a los amigos, era buen pagador de escándalos pero su condición de acaudalado le permitía mantenerse aparte de ciertos contactos que por lo visto juzgaba poco en armonía con sus posibilidades. Esos aires de superioridad, de juez de los divertimientos ajenos y árbitro de los placeres que pagaba el vino y a veces hasta las mujeres, le proporcionaba andar siempre rodeado de una corte de aduladores capaces de las más extraordinarias bajezas. Nunca consideró como hombres los seres que le rodeaban. “Es una chica decente” — dijo el Cojo con cierta vergüenza. El amo se echó a reír. Aún le duraba los hipos y los borborignos cuando bajó el tropel de sus falseadores.

Y allá se fueron, después de las bodas, el Cojo de Vera y la Motrilería; el trabajo era duro y más todavía para él que había olvidado en pocos años lo que era el mango de una herramienta y no había conocido apero. El sueldo era de seis reales al día. No se quejó nunca pero apareció

mudo y se le fué ensombreciendo el rostro como a ella que, como mujer leal, se le fué pareciendo a medida del tiempo pasado; y así fueron paridos al azar de las piedras hasta nueve varones y una hembra. Esta y uno de aquellos sobrevivieron sin más razón que la casualidad. El chico murió de cinco años atropellado por un automóvil que desapareció sin rastro. Los entierros fueron las faenas más desagradables de todos esos años.

*

Allá a la derecha quedaba Narja; el mar de tan azul desteñía sobre el cielo. Aquello era el río de la Miel. La costa era abrupta pero sin festón de espumas: la mar se moría de quieta. Las rocas y los peñascos se podían ver los pies limpios dándoles mil colores a las aguas. Las barcas, con su vela terciada, entreabrían sus caminos. Veleros pequeños, peces pequeños, vida pequeña, miseria bajo un cielo unicolor. Monotonía terrible, falta de agua, sólo los geranios rompían lo uniforme y crecían a la buena de Dios. Sobre las trébedes los pucheros de barro y con el espinazo roto aventar las brasas. Las berzas, el gazpacho y demasiado pan. Así un día y un año y otro. Las cañas de azúcar se escalofrían en los aires y silban. Mirando a lo alto, hacia la derecha, los olivares y los espartales, el polvo, más arriba la sierra entre azul y morada: abajo todo es parduzco, gris sin color, verde patinado. Allá enfrente se adivina Málaga con un ruido de vida olvidada. La vida cae como el sol, entontece. Trabajar, sudar, sentarse en las piedras cuando no se hace sombra a esperar, bajo el olivo más cercano o en el jorfe más propicio, que le traigan a uno el almuerzo, idéntico al de ayer. Ni ella se acuerda del nombre del Cojo de Vera ni él del de ella. Ya no se hablan casi nunca, los ojos se les han vuelto pequeños porque ya no tienen que mirar. Viven en su noche. La Virgen de las Angustias lo preside todo con manso amor.

El Cojo, de vez en cuando le echa unas miradas a la niña. ¿Cómo ha crecido? ¿Cómo han podido pasar esos diez y ocho años? La medida del tiempo se la dan cepas, olivos y cañas, el metro humano se le escapa y sorprende. Se le menean las teticas que deben ser blandas. El padre corta con su navaja su pan de almodón, mira sin ver hacia la almarcha. ¿Cómo han pasado esos diez y ocho años? No se contesta. Mira la almanta que acaba de trazar, ¿le dejará el amo plantar tomates? Ya le dijo que no, pero él piensa insistir y si vuelve a negar los plantará de

todas maneras; nunca viene por aquí. Masca el almodrote con sus dientes blanquísimos. No podré pagar si no planto los tomates y el señor tiene a menos que su tierra los produzca. "Eso es bueno para los que no tienen extensión y quieren que una fanega les de un poco de todo. Yo no soy de esos". Pasan unos grajos gañendo. Tendré que ir a Cerro Gordo...

Por una historia de lóriga saltada apareció por allí un Juan Pérez cualquiera, carrero de Vélez-Málaga. Un tanto harbullista y fandanguero el mozo, pero su misma media lengua le da un toque gracioso. Se acostumbró a descansar unas horas en la casucha, cada diez o quince días, al paso. Se encaprichó con la moza y la moza de él; las cosas vinieron rodadas. A los padres no les pareció mal (se entendieron con un gruñido y un encogerse de hombros) y los casaron, la chica hace tiempo que tenía ganas de saber como era "eso". Debía de correr por entonces la Navidad de 1935. La niña se fué con su marido a vivir a Vélez-Málaga; sus padres se quedaron en el recodo, esperando la muerte, los enterrarían en la hoyanca de Nerja, el camino era largo, hacía tiempo que él no lo había hecho, pero, ¡por una vez!. De la proclamación de la República se habían enterado sin comentario, de lo de Asturias ya se había hablado más, el yerno mismo y Alfredo el Pescadilla, el carrero que bajo su lona les traía las pocas cosas que necesitaban. Le llamaban el Pescadilla porque, a veces, si la casualidad lo quería, solía traer pescado para venderlo a su clientela. En su carromato se encontraba de todo: botijos, velas, chorizos, palillos, criollas, lendreras, papel de escribir y de adorno, jabón y cintas de colores, azafrán, pozales, toallas, horquillas y perfumería, broches y espejos, neceseres y todos los encargos que le hubiesen hecho la semana anterior. Al Cojo todo aquello de la República y la revolución no le interesaba. El no era partidario de eso. Las cosas como eran. Si así las habían hecho bien hechas estaban y no había porqué meterse en honduras. Eso era cuestión de holgazanes. El —que ha vivido lo suyo— lo sabía. Que cada uno coma su pan y que no se meta donde no le llaman. Los señoritos son los señoritos. Ya sabemos que son unos tontainas: veinticinco años después el Cojo seguía teniendo el mismo concepto del mundo que cuando vivía en la promiscuidad de los prostíbulos malagueños. No se podía figurar el mundo ordenado de otra manera. Y en el

fondo le quedaba un resquemor contra sus primeros camaradas, los mineros, que, al fin y al cabo, le habían estropeado la voz, produciendo tanto polvillo rojo "que lo penetraba todo". La madre ni siquiera oía, encapazonada bajo el techo de sus partos y sus ropas negras. Una mañana, allá por agosto del 36, vinieron dos hombres del pueblo a quienes conocían apenas, con escopetas de caza al hombro. "Salud". "Hola". "El Comité te ha asignado esta tierra, desde la cerca aquella al barranco, del barranco para allá la debe de trabajar Antonio el Madera". "Ya has tenido suerte, había quien quería dejarte fuera de la colectividad". "Tienes que bajar al Comité". Y se fueron. El Cojo se encogió de hombros y siguió haciendo su vida de antes, como si nada hubiese sucedido. Una mañana se encontró con el Cuchipato. "¿Qué haces por aquí?". "Esta tierra es mía". El Cojo le miró con desprecio. "¿Es que don Manuel te la ha vendido?". El hombre dijo: "Bien". Y le volvió la espalda. Le llamaban el Cuchipato porque andaba un tanto espatarrado.

Se lo llevaron a la mañana siguiente entre las dos escopetas de caza, terciadas en las espaldas. Los cañones relumbraban al sol. Bajaron hacia el pueblo, había dos kilómetros de buena carretera. Uno de ellos, el que iba a la derecha dijo: "Bueno está el campo del Francés". Los otros asintieron sin palabras. Hacía demasiado calor para hablar. Al Cojo no se le ocurría gran cosa, andaba, se daba cuenta de que sus miembros acogían con gratitud aquel paseo. "Y si me matan, que más da, para lo que le queda a uno de vida... Ya me he levantado, me he vestido, he comido, trabajado y dormido bastante. Tanto monta la fecha del se acabó. Sí, el Francés siempre cuidó bien su campo, pero ya lo he visto muchas veces, que más da no volverlo a ver. Además, no me van a matar". Se le metió una guija en la alpargata, dobló la pierna y la sacó, los otros, cinco metros más abajo, esperaban. "Ya podía el tío Merengue tener esto mas decente", dijo el Hablador, el de la derecha. En esto llegaron al pueblo. En una plazoleta donde crecían seis acacias cercadas por una tira de ladrillos estaba la casa del Conde. Una casona enlucida con un portalón y dos rejas que ocupaba todo un lado de la plaza. El sol la apuntalaba con un prisma de sombra. En el zaguán enlosado con lonchas sombrías estaba reunido el Comité. Era donde corría más aire. Un botijo, en el suelo, parecía un gato acurrucado. Esperaron un momento, al soslayo

de la sorpresa del cambio de temperatura; el sudor, de pronto, adquiriría calidad de parilla helada. “Hola, Cojo —dijo uno de los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Siéntate”. El hombre obedeció. El Comité lo formaban cinco hombres a quien el Cojo conocía vagamente, tres de ellos estaban en camiseta, los otros en mangas de camisa. “¿Dicen que no quieres la tierra que te ha tocado?”. El enjuiciado se encogió de hombros. “¿Por qué?”. Hubo un silencio y el más gordo dijo con sorna: “Le tiene miedo a la guardia civil”. Y otro: “Es un esquirolo de toda la vida”. Y el Cojo: “No es verdad”. El que estaba sentado en medio atajó. “Tú eres un obrero, has trabajado bien esa tierra, es natural que te corresponda, ¿comprendes?”. El Cojo gruñó. El gordo intervino: “Me alegra poder decírtelo en la cara, Cojo, como lo dije hace unos días en el Sindicato: eres un mal bicho y lo que hay que hacer contigo es lo posible para que no hagas daño”. “Yo no me he metido con nadie”. Y el Presidente: “Por eso, por no meterte con nadie, por aguantarte, por cobardía, es por qué el mundo anda como anda, si todos fuesen como tú, los amos seguirían siendo siempre los amos —y añadió, dándose importancia— La propiedad es un robo”. “Ya lo sé —comentó el Cojo—. No soy tan tonto”. “Tu ex-amor don —y recalcó el calificativo— Manuel Hinojosa está con los rebeldes, nosotros nos repartimos sus tierras para trabajarlas en pro de la colectividad”. El Cojo ya no comprendía nada, estaba como borracho, sentía una barra pesada en la frente. “Y porque queremos que todos los trabajadores participen de los beneficios de la reforma, hemos decidido darte tu parcela sin tener en cuenta que nunca has querido nada con nosotros. Tampoco has estado en contra, hay que reconocerlo”. Hubo una pausa. El que debía ser presidente se levantó: “¿Aceptas tu tierra o no?”. El Cojo cogió un palillo que le había caído de la cintura al suelo. Se levantó, dijo: “Acepto”. Y el presidente: “Pues ya estás andando”. Cuando hubo salido se enzarzaron en una discusión: “Siempre estaremos a tiempo” — sentenció el gordo.

El Cojo echó hacia arriba, las manos tras la espalda, en una posición que le era familiar, poco corriente entre campesinos y que quizás no era extraña a la fama de raro que tenía. Miraba la carretera: el polvo y las piedras. “La tierra es mía, me la dan”. Se paró un segundo. “Me la dan porque la he trabajado, sin que tenga que rendir cuentas. Claro,

si yo no hubiese estado allí veinticinco años, la tierra se hubiese podrido, lo que es mío es el trabajo. No la tierra, lo que produce". Se volvió a detener. "Pero si yo no hubiese trabajado la tierra me hubiese despedido y hubiera puesto a otro en mi lugar. Entonces, claro está, la tierra debiera ser de ese otro". Volvió a echar adelante más ligero. "Si quiero la puedo dejar en barbecho". Se rió. "Sin comprarla, sin heredarla". Pensó en su mujer y se extrañó de ello. "Plantaré tomates. Don Manuel se opuso siempre. Decía que las viñas se podían estropear. ¡Qué terco era! Sí, tomates". Tropezó con una piedra y la apartó del camino. Refrescaba, llegaba el viento en rachas, cargado de mar, levantando polvo. "Hace demasiado calor para la fecha en que estamos. ¿Qué día es hoy? No sé, pero sin embargo es un día importante. Desde ahora soy propietario". La palabra chocó en su pecho, le molestaba. No quiso acordarse de ella y sin embargo se la notaba en la mollera, como una piedra en la alpargata. "Habrá que trabajar más. Sí, era evidente, además, él lo podía hacer. Desde mañana, no, desde aquella misma tarde, tan pronto como llegara". Apretó el paso. "Ya se lo habían dicho, ¿o no?, de eso no le dijeron nada, ¿no dijo el Miguel que ahora trabajaría para todos? No se acordaba; de aquella conversación en el zaguán se le había borrado todo, sólo preveleía una cosa: había aceptado la tierra. El comprendía que trabajando para él trabajaba para todos, ¿se lo había dicho alguien alguna vez? No lo acababa de comprender, pero sentía que esa idea estaba bien y le tranquilizaba". Se paró a mirar el paisaje; no lo había hecho nunca, nunca se le hubiese ocurrido pararse a mirar una tierra que no tuviese que trabajar. Ahora descubría la tierra, le parecía hermosa en su perpétuo parto. Allí a lo lejos unos hombres la herían, cuidándola. Le dieron ganas de correr para llegar antes. Se reprendió. "Dejémonos de tonterías" y pensó algo que nunca le vino a la imaginación: "Si tuviese uno veinte años menos..." ¿Qué traía el aire? Le acometieron ganas de fumar y se las aguantó por no perder tiempo. Sin darse cuenta ya estaba en el caminejo de su casa.

La mujer no dijo nada al verle entrar. Le miró y él huyó los ojos. Ahora —iba de descubrimiento en descubrimiento— se dió cuenta de que había perdido la costumbre de hablarla, y que le era difícil, así, de buenas a primeras, darle la noticia. Se quedó plantado en medio de la

habitación. Ella: "Qué te querían?". Estuvo a punto de contestar: "Nada". "Nos dan la tierra". Ella que estaba a media agachar se quedó inmóvil esperando más palabras; pero el Cojo se calló y ella se enderezó poco a poco. "Ah", dijo, y no hablaron más.

El salió al quicio de la puerta y se estuvo quieto mirando, mucho tiempo. En las esquinas de sus ojos habían unas lágrimas que por no saber su obligación se quedaron allí, secándose al aire frío de un otoño ya en agonía. La mujer vino arrastrando una silla y se sentó en el umbral. El Cojo se acordaba de aquellos hombres de los cuales nunca había hecho caso: anarquistas y socialistas y que ahora le daban la tierra. Sentía, de pronto, un gran amor hacia ellos, no se le ocultaba que aquel agradecimiento era interesado, pero comprendía que a pesar de todo aquel sentimiento era puro. Le remordían ciertos chistes, el desprecio. "Si lo llego a saber. Pero, ¿cómo lo va uno a saber? ¿Quién me lo iba a decir? No había quien me explicara...". La mujer rompió los silencios —el suyo y el de ella—. "Y si vienen los otros...". El hombre no contestó. No vendrían, y si venían a él no había nadie que le quitara la tierra. Era suya, se la sentía subir por la planta de los pies, como una savia. Tan suya como sus manos, o su pecho, más suya que su hija. "Que vengan", dijo, y se sentó en el suelo. Al entrecruzar las manos sobre las rodillas se acordó de las ganas de fumar que había pasado subiendo del pueblo y que luego se le habían perdido en la concatenación de sus ideas. Con toda calma sacó su petaquilla de Ubrique, deforme, pelada (la había comprado al cosario hacía diez o doce años) y pausadamente lió un cigarro rodando con ternura la hierba en el papel a favor de los pulgares sobre los índices, lo pegó con lentitud humectándolo de izquierda a derecha con un movimiento de cabeza, se lo echó a la esquina siniestra de la boca, sacó el chisquero, encendió a la primera. Recostó la espalda en la pared y aspiró hondo, se quemó el papel, prendió el tabaco, la boca aspiró el humo: era su primera bocanada de hombre, el primer cigarro que fumaba dándose cuenta de que vivía. Por lo bajo, con su voz atelarañada empezó a cantar hondo. Mil ruidos de la tierra le contestaban: era el silencio de la noche.

*

Pasan los días, en una parata, recostado en un acebuche, el Cojo fuma unos pitillos delgaduchos, deformes, como sus dedos; no piensa en nada; el sol le llega a través de una chumbera subida en el borde del bancal inmediato. "Aquellos sarmientos que planté hace tres años y que se dan tan bien... esos son los más míos que los otros. De eso no hay duda porque don Manuel no sabía nada de ello. No me recibió, hace dos años, cuando se lo fuí a decir." Rompe una tizereta y la lleva a la boca, masca su sabor agraz. Baja después la mano a la tierra, la tienta: es una tierra dura, difícil de desmoronar, seca, un poco como yo —se le ocurre— y de pronto quisiera verla transformada en tierra de pan llevar, rica, henchida, de savia trigüeña, llena a reventar. Acaricia la tierra, la desmenuza en la palma de su mano, la soba como si fuese el anca de una caballería lustrosa. Nota como el olivo le cubre la espalda, le resguarda. Le invaden ganas de ir a tartalear por trochas y abertales, pero le basta con el deseo. Al abrigo del jorfe crece una mata de tamujo, la alcanza con el pie y juega a doblar el mimbre. La tierra sube por todas partes: en la hierba, en el árbol, en las piedras y él se deja invadir, sin resistencia notando tan sólo: ahora me llega a la cintura, ahora al corazón, me volveré tarumba cuando me llegue a la cabeza.

A la caída de la tarde todo es terciopelo, el Cojo vuelve con el azadón al hombro: se cruza con el Cuchipato: "Hola". "Hola". Cuando les separan más de diez metros, el Cojo se vuelve y le interpela: "Oye, ¿dónde puedo encontrar una escopeta?". "Pídesela al Comité". Se fué para allá.

—¿Qué quieres?

—Un arma.

—¿Para qué?

—Por si acaso...

—No tenemos bastantes para la guerra.

—¡Qué le vamos a hacer!

Y se vuelve para su tierra.

*

Una mañana aparece por allí la hija, con un barrigón de ocho meses.

—¿Y tu marido?

—Por Jaén. De chófer. En el batallón X...

—¿Y tú estás bien?

—Bien.

—Eso es bueno.

La madre se afana. La madre: "Dicen que vienen". La hija: "Sí, moros e italianos". El padre: ¿Por dónde?. "Por Antequera". El padre: "Aún falta. No llegarán aquí". La madre: "No sé por qué". El padre la mira y se calla, casi dice: "Porque la tierra es mía..."

La madre y la hija se pasan el día sentadas en el talud de la carretera pidiendo noticias a todo bicho viviente. Pasan y repasan autos, pronto se nota que van más de Málaga a Almería que no al contrario. Los días pesan... "¿No tienes fresco?" — le pregunta de cuando en cuando "No se preocupe, madre". No saben que esperan. Allí viene un burro, en él montado una mujer con un niño en los brazos, detrás con una vara en la mano un gañán cubierto con un fieltro verde, de viejo y negro. Les interpelan al paso: "¿De dónde sois?". "De Estepona". "¿Vienen?". "Dicen que sí, y que lo queman todo". Ya están lejos. El Cojo, allá abajo, no sale del majuelo; la carretera va adquiriendo una vida nueva: corriente. Poco a poco ha ido creciendo su caudal, primero fueron grupos, ahora es desfile. Y los hombres atraen a los hombres, se puede dejar pasar indiferente una comitiva, no un ejército. A la mañana siguiente el Cojo subió a la carretera y se estuvo largo tiempo de pie, mirando pasar la cáfila. Venían en islotes o archipiélagos agrupados tras una carretilla o un mulo: de pronto aquello se asemejó a un río. Pasaban, revueltos, hombres, mujeres y niños tan dispares en edades y vestimenta que llegaban a cobrar un aire uniforme. Perdían el color de su indumentaria al socaire de su expresión. Los pardos, los grises, los rojos, los verdes se esfumaban tras el cansancio, el espanto, el sueño que traían retratado en las arrugas del rostro, porque en aquellas horas hasta los niños tenían caras de viejos. Los gritos, los ruidos, los discursos, las imprecaciones se fundían en la albórbola confusa de un ser gigantesco en marcha arrastrante. El Cojo se encontraba atollado sin saber que hacer, incapaz de tomar ninguna determinación, echándolo todo a los demonios por traer tan revuelto el mundo. Los hombres de edad llevaban a los críos, las mujeres con los bártulos a la cintura andaban

quebradas, las caras morenas aradas por surcos recientes, los ojos rojizos del polvo, desgredadas, con el espanto a cuestas. Los intentos de algunos niños, de jugar con las gravas depositadas en los bordes de la carretera, fracasaban, derrotados implacablemente por el cansancio pasado y futuro. De pronto la sorda algarabía cesaba y se implantaba un silencio terrible. Ni los carros se atrevían a chirriar, los jacos parecían hincar la cabeza más que lo acostumbrado como si las colleras fuesen de plomo en aquellas horas. Lo sucio de los calamones de cobre en las antecojas daba la medida del tiempo perdido en la huída. Los hombres empujaban los carrromatos en ese último repecho; las carretillas, en cambio, tomaban descanso. Las mujeres al llegar al hacho rectificaban la posición de sus cargas y miraban hacia atrás. De pronto el llanto de los mamones, despierto el uno por el otro. Una mujer intentaba seguir su camino con un bulto bajo el brazo derecho y un chico a horcajadas en su cintura mantenido por su brazo izquierdo, cien metros más allá lo tuvo que dejar; se sentó encima de su envoltorio, juntó las manos sobre la falda negra, dejó pasar un centenar de metros de aquella cadena oscura soldada por el miedo y el peso de los bártulos; echó a andar de nuevo arrastrando el crío que berreaba "No puedo más, no puedo más". Ahora pasaba algún coche, dos camiones, llegaban jadeando en segunda, desembragaban al llegar allí y seguían en directa; ese silencio, de una marcha a otra, era como un adiós al mar. Se veían los vendajes de algún herido, el rojo y negro de los gorros de la F.A.I. El terror se convertía en muerte, las hileras de gente en multitud. El Cojo bajó a la casa y le dijo a las mujeres: "Tenéis que marcharos". "¿Y tú?" "Yo me quedo". No protestaron, y con un hatillo se unieron al tropel. Les empujaba algo que les impedía protestar, huían por instinto, porque sabían que aquello que llegaba era una catástrofe, algo antinatural, una mole que los iba a aplastar, un terremoto del que había que apartarse a cualquier precio así se fuese la vida en la huída misma. "Mi padre que vivía en Ronda..." "Lo fusilaron sin más". "No dejan ni rastro". "Y llegaban y robaban". Lo poco que se oía eran relatos, comentarios ni uno, o, a lo sumo, un "No lo permitiré Dios" airado salía de una desdentada boca de mujer. Los autos se abrían surco a fuerza de bocina, la gente se apartaba con rencor. Más tarde ya no se corría y a los bocinazos contestaba vociferando.

Por otra parte los coches se convertían en apiñados racimos que los frenaban. Alguno intentó pasar y el barullo acabó a tiros. La gente se arremolinó alrededor del vehículo. Un hombre subido en el estribo, colgado el fusil en el hombro, una pistola del 9 largo en la mano vociferaba "Compañeros..." El coche, sin freno, echó a andar hacia atrás y fué a hincarse veinte metros más abajo, sin violencia, en el talud. El hombre lanzó un reniego y siguió a pie. Tumbado sobre el volante estaba el conductor, muerto.

Al dar la vuelta y perder de vista el mar, la multitud se sentía más segura y aplacaba su carrera. Se veían algunos grupos tumbados en los linderos de la carretera. El Cojo seguía de pie viendo desfilas esa humanidad terrible. Pasaron unos del pueblo y viendo al Cojo ahí plantado "¿Vienes?" "No". "Es que llegan". "Si me habéis dado la tierra es por algo. Yo me quedo". Lo interpretaron mal, pero uno dijo "Déjalo". Y siguieron adelante.

Ahora, de pronto, pasaba menos gente, el Cojo se decidió a volver a su casa. Hacía una temperatura maravillosa. De bancal en bancal se iban cayendo los abertales hasta las albarizas tiñéndose de espalto. Cerca de su chamizo se encontró con tres milicianos. "Hola, salud". Se oyó el motor de un avión, debía de volar muy bajo, pero no se le veía. Al ruido del motor levantaron la cabeza una veintena de hombres tumbados tras las bardas del jorfe. De pronto se le vio ir hacia el mar. El motor de la derecha ardía (1). El trasto planeó un tanto y cayó al mar. Al mismo tiempo dos escuadrillas de ocho aparatos picaron hacia el lugar de la caída ametrallando el vencido. Luego cruzaron hacia Málaga. A lo lejos sonaban tiros.

—Si fuésemos unos cuantos más... de aquí no pasan.

—Si ellos no quieren...

—No digas tonterías. Blázquez me ha asegurado que han salido ayer tropas de Jaén, y que de Lorca han llegado a Guadix tres mil hombres. De Almería ya habían salido antes.

—Yo no creo...

—Cállate.

(1) El que tenga interés por esta incidencia encontrará un relato extenso de la misma en el libro de André Malraux «L'Espoir», págs. 310-317.

El que hablaba parecía tener cierto ascendiente sobre los demás. Le preguntó al Cojo: "¿Tienes agua?" en otro tono: "Es para la ametralladora". El Cojo contestó que sí, y añadió sin darse él mismo cuenta de lo que decía. "Si tenéis un fusil yo tiro bastante bien". "¿Cómo lo sabes?" "De cuando serví al Rey". "¿A qué partido perteneces?" "A ninguno". "¿A qué Sindicato?" "A la C. N. T." "¿Desde cuándo?" "Desde hace unos meses". Lo dijo con vergüenza. Entre los milicianos había uno del pueblo, terció en la conversación. "Es un tío atravesado; un correveidile del antiguo dueño de estas tierras. Yo no le daría un arma. Más bien le daría con ella, a lo mejor nos pica por detrás. No te fies". El otro le preguntó: "¿De quiénes es la tierra ahora?" "Suya". "¿Cuál?" "Esta". "Que le den el fusil. Y tú — le dijo al Cojo — ponte aquí, a mi lado". Distribuyó a la gente por los bancales que dominaban la carretera, fuese a emplazar la ametralladora cien metros más arriba. Envío a uno con un parte a otro grupo que, según dijo, les cubría la derecha. "Vosotros en las hazas, lo más pegados a la tierra que podáis. ¿Qué distancia hay de aquí a allá abajo?" "Kilómetro y medio, más o menos". "Entonces ya lo sabéis el alza al 15". Y como el Cojo se hiciera un lío él mismo se lo arregló. Esperaron. La carretera estaba limpia de gente. Un camión había volcado sin que ninguno se diera cuenta, una carretilla abandonada y vuelta al revés, hacía girar su rueda como si fuese un molinete. Empezaron a caer obuses hacia la derecha. Oía a tomillo. El Cojo se sobrecogió, notó como le temblaban sus escasos molledos, sin que el esfuerzo que hizo para tener mando sobre ellos le diese resultado. Sin embargo, no sentía ningún miedo. Con espacios regulares el cañón disparaba. El Cojo se puso a contar entre un disparo y otro para ver de darse cuenta de cuanto tardaba. Se hizo un lío. Intentó hundirse más en la tierra. Por vez primera la veía tan de cerca y descubría cosas asombrosas en sus menores rendijas. Las hierbas se le convertían en selva, unas collejas próximas, con sus tallos ahorquillados, le parecieron monstruos fantásticos. El olivo que tenía a su izquierda y que ahora adivinaba inconmensurable, le protegía. De eso tuvo la sensación muy exacta. Disparó tres tiros sobre algo que se movía a lo lejos y alcanzó luego la cabezuela de una margarita; descubría dos mundos nuevos. Pensó en la paz y palpó la tierra acariciándola. Giró el cerrojo, tomó un

cargador y realizó la carga con mayor seguridad y rapidez que antes. Su compañero de la izquierda le miró riendo.

—¿Qué, bien?

—Bien.

Unas balas pasaron altas segando unas ramillas de olivo. La ametralladora de la derecha empezó a funcionar. Allá mucho más lejos, entró otra en acción.

—De aquel recodo — dijo el compañero — no pasarán.

El Cojo se enriscaba en la tierra, sentía su cintura y su vientre y sus muslos descansar en el suelo y su codo izquierdo hundido en la tierra rojal. A la altura de su pelo llegaban dos pedruscos pardos sirviéndole de aspillera. Tenía el fusil bien metido en el hombro, apuntaba con cuidado. El disparo se le clavaba en el hombro y repercutía en la tierra a través de su cuerpo. Y él notaba cuánto se lo agradecía. Sentíase seguro, protegido, invulnerable. Cada disparo llevaba una palabra a su destinatario: "Toma. Toma y aprende". Iba cayendo la tarde. Las ametralladoras seguían tirando en ráfagas. El compañero le dijo: "Tú quédate ahí". Los disparos se espaciaban. El Cojo buscaba una palabra y no daba con ella, defendía lo suyo, su sudor, los sarmientos que había plantado y lo defendía directamente: como un hombre. Esa palabra el Cojo no la sabía, no la había sabido nunca, ni creído jamás que se pudiera emplear como posesivo. Era feliz.

*

Carretera adelante el éxodo continuaba. La Rafaela y su madre andaban confundidos con la masa negra.

Sobre el llano no había más líneas verticales que los postes del telégrafo. De pronto, desde allá abajo vino un alarido. "¡Qué vienen!" La gente se dispersó con una rapidez inaudita, en la carretera quedaron enseres, carruajes y un niño llorando. Llegaba una escuadrilla de caza enemiga. Ametrallaban a cien metros de altura. Se veían perfectamente los tripulantes. Pasaron y se fueron. Había pocos heridos y muchos ayes, bestias muertas que se apartaban a las zanjas. El caminar continuaba bajo el terror. Una mujer se murió de repente. Los hombres válidos corrían, sin hacer caso de súplicas. Los automóviles despertaban un odio

feroz. La Rafaela se había levantado con dificultad. Su madre la miró angustiada.

—¿Te duele?

La hija con un pañuelo en la boca, no contestaba. “¡Qué vuelven!” La Rafaela sufría tanto que no pudo hacer caso al alarido que un viejo le esperaba diez metros más allá. “Acuéstese, acuéstese”. Agarrada a un poste de telégrafo, espatarrada, sentía como se le desgarraban las entrañas. “Tumbate, chiquilla, tumbate” — gemía la madre, caída. Y la Rafaela de pie con el pañuelo mordido en la boca estaba dando a luz. Le parecía que la partían a hachazos. El ruido de los aviones, terrible, rapidísimo y las ametralladoras y las bombas de mano: a treinta metros. Para ellos debía de ser un juego acrobático. La Rafaela sólo sentía los dolores del parto. Le entraron cinco proyectiles por la espalda y no lo notó. Se dió cuenta de que soltaba aquel tronco y que todo se volvía blando y fácil. Dijo “Jesús” y se desplomó, muerta en el aire todavía.

Los aviones marcharon. Habían cuerpos tumbados que gemían y otros quietos y mudos, más lejos, a campo traviesa, corría una chiquilla, loca. Un kilómetro más abajo el río oscuro se volvía a formar, contra él se abrían paso unas ambulancias, en sus costados se podía leer: “El pueblo sueco al pueblo español”. Hallaron muerta a la madre y oyeron los gemidos del recién nacido. Cortaron el cordón umbilical.

—¿Vive?

—Vive.

Y uno que llegaba arrastrándose con una bala en el pie izquierdo dijo: “Yo la conocía, la Rafaela. Rafaela Pérez Montalbán; yo soy escribano. Quería que fuese chica”.

Uno. — Lo es.

El escribano. — Y que se llamara Esperanza.

Y uno cualquiera. — ¿Por qué no?

MAX AUB

COMENTARIO POLITICO

FASCISMO Y ANTIFASCISMO

M. Flandin, ex-Presidente del Consejo de Ministros, el más caracterizado defensor de la compenetración franco-alemana (¿dónde estará ya el recuerdo de 1870 y el de 1914!) y uno de los más autorizados simpatizantes con el nazismo fascista, ha publicado en la «Revue de París», un artículo donde muestra una hábil tendencia a desacreditar las democracias. Hácese, con ello, intérprete de la corriente que está envenenando al mundo.

No hay ya diferencia — argumenta el político francés — entre el fascismo y el antifascismo. El control de los cambios, la requisa de bienes en el extranjero, de divisas y de valores mobiliarios para aportarlos al acervo estatal, la nacionalización del crédito y de las empresas, la iniciación de enormes obras públicas, el sindicalismo obligatorio, la intervención del Poder Público en la Prensa, la sumisión de los funcionarios a la inspiración política del Gobierno, medidas todas que hoy defienden y procuran implantar las democracias, ¿qué son, sino dogmas fascistas, vigentes ya en los países de totalitarismo autoritario? ¿Dónde está, pues, la diferencia entre ambos regímenes?

El autor olvida el punto sustancial del problema. La diferencia, irreductible y mortal, no radica en la legislación sino en la fuente de la legislación. Esto es todo. Un régimen absolutista puede concebir leyes magníficas, pero los pueblos se niegan a admitirlas si no emanan de un poder legítimo, es decir, creado por la voluntad social. La razón es harto clara. Si se admite la arbitrariedad porque ha producido una obra buena, habrá que seguir consintiéndola, aunque produzca mil cosas malas. Enredada la cuestión en la apreciación del Derecho sustantivo, no se podrá discutir ya la legitimidad del sistema constituido.

Los liberales españoles que, aunque parezcan locos, suelen discurrir de vez en cuando, dieron un ejemplo magnífico de esta distinción cuando el dictador español Primo de Rivera tuvo la audacia de promulgar un Código penal. ¿Acaso el Código era íntegramente malo? No, sino que tenía cosas buenas y aun quizá fueran en mayor número las buenas que las malas. Pero el cuerpo legal venía impuesto por un Gobierno nacido de un golpe de Estado, actuante por la exclusiva voluntad regia, destructor del Parlamento, legislador según su *real gana*, negador de cualquiera intervención, de cualquiera fiscalización, de cualquiera crítica, perseguidor tenaz de la libertad política y de la independencia judicial. Y el pueblo español, con magnífico sentido de su derecho, dijo que no quería oír hablar de semejante aborto, aunque se hubiesen reunido para redactarlo Licurgo, Justiniano y Alfonso el Sabio. Únicamente así pudo ese pueblo implantar un día la República.

Antes de que defendiera las democracias actuales el concepto del poder democrático, como único digno de respeto, lo habían proclamado los católicos al aceptar el derecho divino de los pueblos y repeler el derecho divino de los reyes. Si viviera hoy Santo Tomás, estaría al lado de la República española.

No se atreve Flandin a desconocer la virtud de la democracia, pero pretende cohonestar su posición, razonando de este modo. «En cuanto a que sean el nazismo y el fascismo sistemas antidemocráticos, es éste un error histórico, porque la democracia no tiene necesariamente por base la elección. En muchos aspectos, el nazismo y el fascismo son regímenes más democráticos que algunos parlamentarismos. Sin duda la coacción ha sustituido a la libertad, pero es una coacción igualitaria, quizás más democrática que algunas libertades oligárquicas».

Esta última frase demuestra lo insincero de la argumentación, porque ningún demócrata es partidario de la oligarquía; de modo que al enfrentar fascismo y oligarquía no se dicen dos cosas distintas, sino una sola. El fascismo se apoya siempre en una oligarquía.

Dejando aparte ese falaz inciso dialéctico, la esencia del argumento es viejísima y desprestigiada. Desde siempre, todos los Monarcas absolutos — para no alejarnos demasiado, recordemos de Luis XIV a Fernando VII — han sostenido que había de gobernarse *para el pueblo* pero

no *por el pueblo*. Tan espacioso argumento se destruye por sí solo. Pues, ¿quién ha de juzgar si, en verdad, se gobierna para el pueblo o contra él? Negadas al pueblo las funciones de la censura, del veto y de la revisión, es evidente que el gobernante, entregado únicamente a su propio juicio, creará siempre (probablemente de buena fe) que todo cuanto hace lo hace en bien del pueblo, aunque consista en pasar a cuchillo a la mitad de sus súbditos. Por eso, cuando los pueblos se encontraron colocados frente a sistema tan brutal, no tuvieron más camino de defensa que el regicidio; y fué inmenso adelanto civilizador la instauración del sistema constitucional, con arreglo al cual la elección de los legisladores, la fiscalización parlamentaria, la responsabilidad, el plebiscito y otros instrumentos análogos, ponían en las manos del pueblo una autoridad flexible, temporizadora, rectificativa, que permitía atemperar las leyes a las necesidades sociales sin acudir al remedio extremo y repulsivo del asesinato.

No, no hay democracia sino apoyada en el voto popular. Podrá haber tuteladas, protectorados, instituciones misericordiosas, pero democracia, no.

El mismo Flandin lo advierte cuando — acordándose, sin duda, de que hace política en un país democrático y no le conviene chocar demasiado rudamente con sus institutos constitucionales — añade: «Únicamente es preferible el régimen parlamentario cuando se acepta como criterio de la democracia, la libertad; libertad de pensamiento, de prensa, de reunión, etc.».

¡Por ahí podía haber empezado! Si lo hubiera hecho, se habría ahorrado escribir el resto del artículo. Porque, en fin de cuentas, no hay libertad sin democracia ni democracia sin libertad. Y una de las libertades esenciales en la democracia es la del voto, a fin de que las leyes provengan de las autoridades legítimas, que no pueden ser otras, sino las designadas por el cuerpo social.

*

Ahora es moda exacerbada atacar a las democracias por ineficaces, comparándolas con el rápido y desenfadado proceder de las autocracias totalitarias. Esto puede ser verdad en el sentido de que siempre es más sencillo disparar un arma de fuego, que redactar una norma jurídica. Mas, sobre que raras veces se puede construir nada duradero sobre el disparo, lo que ocurre es que la democracia liberal tiene unas posibilidades de efi-

cacia que no solemos ver, obsesionados con una idea infantil, primaria, mitinesca y un tanto poética de lo que es un régimen democrático. Sobre las bases de *libertad y responsabilidad*, cabe edificar infinidad de soluciones eficaces.

Incluso las dictatoriales. Así, como suena. La dictadura es enteramente compatible con la democracia. Lo que pasa es que lo que nos hemos habituado a llamar dictadura no es tal cosa sino capricho y arbitrariedad. Presentanse, a veces, en los pueblos, necesidades tan apremiantes, situaciones tan complejas, requerimientos tan angustiosos que no consienten la deliberación serena de los Parlamentos. Surge entonces la precisión de procedimientos dictatoriales. Las características de éstos, son: Origen legítimo.

Materia concreta.

Plazo limitado.

Rendición de cuentas.

Concebida así la dictadura, constituye una delegación de poderes, lo cual es siempre lícito, frecuentemente necesario y a veces indispensable. Sin alarma de nadie, actúa hoy en Francia una dictadura con todas las características indicadas. Ante una complicación económica y financiera que pone en grave riesgo el crédito público, las mejoras sociales y la defensa nacional, el Gobierno pide al Parlamento plenos poderes — aunque no los llame así — el Parlamento se los concede y las dos Cámaras quedan cerradas probablemente hasta julio. Por donde se aprende que las potestades excepcionales del Gobierno, tienen origen legítimo (la autorización parlamentaria) materia concreta (la económica y financiera, dentro de unas directrices que el Gobierno dió a conocer previamente) plazo limitado (tres meses y medio aproximadamente) y rendición de cuentas (la comparecencia del Gobierno en cuanto ese plazo expire).

¿Tiene algo que ver con esta mecánica lo que hacen Hitler y Mussolini y lo que intentó hacer Primo de Rivera? Absolutamente nada. Se instalan en el Poder por un acto de fuerza, sin que valgan para disimularlo, ni los fingidos Parlamentos de uniforme, ni los plebiscitos con el puñal al pecho, ni las Asambleas nacionales constituídas por familiares, panaguados y lacayos. No actúan en ninguna materia específica sino en todas, desde la organización constitutiva del país hasta los minúsculos reglamentos municipales. No fijan tiempo a su albedrío, antes bien, se le

atribuyen de por vida y hasta piensan en ungir sucesores. Y lejos de dar cuenta a nadie de sus actos, persiguen sañudamente hasta el comentario privado. Semejante instituto no tiene nada que ver con la dictadura. Es sencillamente despotismo en el que manda y esclavitud para el resto del país.

Hay que aludir a otra dictadura: la dictadura del proletariado. Implica ésta un fenómeno distinto. Es la reacción airada de la parte mayor de la Humanidad, aherrojada y mísera durante siglos, contra la parte menor, aferrada al disfrute de unos privilegios que ella misma se atribuyó. De manera que si el origen no es legítimo, al menos tiene como justificante el anhelo de una justicia social. Lo malo es que el sistema es insostenible por definición, pues las palabras *dictadura* y *muchedumbre* son de suyo antitéticas. Si toda una clase pretende imperar sobre las restantes, no surgirá una dictadura sino una anarquía. ¿Cómo se concibe la actuación conjunta de varios millones de dictadores? Esa enorme masa tiene que delegar su poder, es decir, buscar una representación como en las democracias. Más para sostener la idea de dictadura, esa delegación recae sólo en un partido; el cual, por iguales motivos, la transfiere a un grupo de directores, o sea a un Gobierno; y éste, moviéndose siempre dentro del prejuicio dictatorial, se resigna a concentrar todos los atributos del mando en una sola persona. Así, pues, partiendo de un punto justo y dando un rodeo, se llega a la misma conclusión del poder personalísimo e ilimitado, contra el cual acaban por reaccionar tanto los derrotados cuanto los victoriosos, porque el poder personal es insoportable para la naturaleza humana.

He querido hacer esas consideraciones, primero para explicar que el liberalismo democrático no es ninguna bobada ineficaz para afrontar las luchas del día presente; y, además, para prevenir a los incautos a fin de que no caigan en la trampa que les tienden los políticos como M. Flandin que pretenden borrar las diferencias del fascismo y el antifascismo, lo cual es tanto como decir que son cosas iguales la luz y las tinieblas.

ANGEL OSSORIO

LA VOZ DE ESPAÑA

(Elogio de un presidente)

Hay que decirlo una vez más. Por más que se haya repetido en la prensa diaria, en los periódicos de partido, entre los personajes políticos y entre el pueblo mismo, no creemos que sea bastante.

Y así HORA DE ESPAÑA por más reducido que sea su ámbito, no quiere dejar de unir su voz a esa más grande, de España, que por boca del Presidente Negrín se ha hecho oír en el mundo.

Porque se ha oído, no puede haber duda sobre esto. Una cosa es oír y otra hacer oídos de mercader. Pero cuando hay una voz tan clara, tan diáfana, como la que significan esos trece puntos del Dr. Negrín, no puede haber duda, repetimos, de que ha sido oída. Otra cosa sería suponer que el mundo entero está sordo.

Esa voz que ha expresado a España ha sido realmente voz, no grito. Es la voz profunda y segura que nace amparada en una verdad: la de un pueblo que la sustenta con su enardecida sangre ejemplar. Y por una autoridad: la de quien se sabe auténtico representante de ese pueblo y a la altura de ese pueblo.

El Dr. Negrín político español y — aunque parezca redundancia — a la española, con una austeridad de palabra consecuente en lo más hondo con la mejor austeridad de nuestro pueblo, ha sabido en los duros momentos que nadie desconoce, ser no ya un español más (lo que sería muchísimo en esta dramática hora de España) sino el español que asume y resume la circunstancia, el trance dramático de todos los españoles, así, por la vena nuestra de verdad arriesgada, de verdad — casi da miedo escribirlo — quijotesca a la que España no podría traicionar sin traicionarse en lo más hondo de su esencialidad, sin renunciar a ser lo que es y por lo que es.

Porque tal vez es nuestro destino así: o somos o no somos. Tajante, terrible, escueto. La ambigüedad no es nuestro clima de duros contrastes y de verdades duras.

Esta manera de ser tiene quizá sus quiebras. Pero también las tienen otras. Y en último término habría que saber si vale más salir quebrantado, incluso molido, que no salir, que permanecer bueno y sumiso.

No vamos aquí a exponer un comentario a todos y cada uno de los puntos aludidos. Pero sí queremos, fieles a nuestro intento de recoger la hora de España en aquella parte que se manifiesta como más ajena a la realidad, subrayar el primero y capital de sus puntos:

«Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España. Una España totalmente libre de toda ingerencia extranjera sea cual sea su carácter y origen con su territorio Peninsular e Insular y sus posesiones intactas y a salvo de cualquier tentativa de desmembramiento, enajenación o hipoteca, conservando las Zonas del Protectorado asignadas a España por los Convenios Internacionales, mientras estos convenios no sean modificados con su intervención y asentimiento.

Consciente de sus deberes a su Tradición y a su Historia, España estrechara con los demás países de su habla, los vínculos que imponen una común raíz y el sentido de Universalidad que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo».

He aquí la primera condición, el primer fin principal al que tiende nuestra guerra y el que es motivo de ella. Sin su total consecución seguiremos adelante en esta lucha que no amamos por sí misma porque todo español honesto considera y realiza como su propia lucha personal.

¡Resistid, resistid! He aquí dos palabras que nuestro pueblo ha grabado en su pecho. La responsabilidad y el dramatismo con que fueron pronunciadas no es necesario subrayarlo aquí. Los españoles sabemos porqué tendremos quizá que resistir mucho más.

Y quien las hizo circular de boca en boca, el Dr. Negrín, sabe de seguro muy bien, la emoción que todo nuestro pueblo pone en torno a esas palabras. Y también el profundísimo respeto, por esa lealtad para con su pueblo, que por el mismo Dr. Negrín sienten los españoles.

Nuestro pueblo, que sabe darlo todo, todo, lo único que pide a cambio es eso: lealtad. Que se le profese lealtad y que en la hora del riesgo, se sienta el mismo riesgo, el mismo peligro y el mismo honor y orgullo de afrontarle que él mismo siente al hacerlo.

NOTAS

EL CINEMA QUE NOSOTROS DEBEMOS HACER

Je suis loin d'ignorer l'immense travail, les talents de bien des genres, les connaissances techniques, les sommes prodigieuses que cette bande étroite représente. En fait d'œuvres de toute espèce, je dois avouer que je m'intéresse infiniment plus à leur élaboration et à leur gestation qu'à elles mêmes.

PAUL VALERY

"Je vais rarement au Cinéma". Estas palabras de Paul Valery antes de hablarnos muy inteligentemente por cierto — ¿cómo no? — sobre este nuevo espectáculo podrían suscribirlas en mayor o menor grado todos, o casi todos los intelectuales y teorizantes del mundo. La posición del espectador inteligente no deja de ser cuanto de cine se trata, un poco falsa y engañadora para el mismo que la mantiene. Puede bastarnos ante otra cualquier obra de elaboración colectiva, la Arquitectura por ejemplo, el ver una construcción terminada para hacer el juicio sobre su belleza formal o su perfección técnica. En este arte de ilusión, todo se encuentra detrás de la Pantalla plateada y es en este arte — ¿no es arte también la prestidigitación? — donde la elaboración guarda secretos tan sorprendentes y vitales en sí mismo que pudiéramos decir que en el mecanismo interior está el todo. Las manecillas del reloj son inapelables pero "la maquinaria va por dentro".

Convendría que todos antes de enjuiciarlo nos sintiéramos curiosos de su gestación normal. En este "séptimo arte" convendría también que todos, poetas, escritores, músicos, gentes de sensibilidad, músicos, etc., intentaran algo y se encontraran una vez siquiera entre las luces del estudio viendo de una manera cruda, como es la Realidad de donde se extrae el sueño.

El Cinema es la tierra de Promisión de todos los que tienen algún talento sin rumbo fijo y saben algo de algo sin saber ellos mismos lo que saben; y así como hubo una California, Eldorado, de todos los naufragos de la vida cotidiana en la misma California existe hoy otra Fiebre del Oro para todos los inadaptados del espíritu. Y esa California está hoy en cualquier rincón del mundo en donde exista un Estudio de producción. No hay más que intentar la aventura y así como hace dos cuartos de siglo se iba allí a demostrar que mientras un hombre tenía fuerza en los brazos podía rehacer su vida entre los focos de cualquier estudio, el hombre inteligente y de sensibilidad siempre tendrá algo que decir. Quien no lo intente no conocerá jamás uno de los más curiosos continentes de nuestro mundo. El se lo pierde.

¿Aquí?, dirán algunos, ¿qué podremos hacer aquí? Podremos hacerlos todo igual que en cualquier parte y quizás mejor que en cualquier parte. La tierra está virgen y el público de nuestra nueva España tiene también la mirada virgen. Procuremos que todos esos soldados con mirada de pastor o de marinero encuentren en la puerta de esta nueva caverna Socrática una luz tan clara y saludable como estaban acostumbrados a encontrar en el diario amanecer de su vida de hombres.

Verdad, Claridad y Sinceridad, ¿quién puede pedirle esto a los sueños? y no obstante hoy esperamos que los sueños se hagan realidad. Y no solamente lo esperamos sino que ya lo vemos logrado a pesar de los terribles esfuerzos de todo un mundo inerte por impedirlo. Contra todos los ataques y agentes exteriores la vida natural que somos nosotros se defiende con sólo eso: vivir. Nada pueden hacer contra nosotros esos nuevos Midas de la Muerte, que por estar ellos sin vida todo lo que tocan queda seco y helado a su contacto. Nosotros con los pies en la tierra germinadora y la frente no más alta que nuestra medida de hombres, mantenemos la sangre y el pensamiento calientes donde estamos.

Esta es nuestra obra. Cualquiera puede añadir con su iniciativa nuevas realidades a nuestro intento. Todos unidos en las sombras del estudio podremos extraer de la luz por nosotros encendida el tono espiritual de nuestra España viva y desconocida para los que teniendo ojos no ven y no teniendo corazón no sienten.

Ese es el camino del futuro; unos bajo el sol y el viento y otros con este viento y este sol dentro de nuestras almas podremos mostrarle al mundo lo que el mundo espera de nosotros.

FARIAS

VIRGINIA,

EL AMOR EN LA GUERRA

I

Moraba en la mañana tu blancura
por el desnudo drama de Castilla
como habita la luz en los espejos:
fingida en la memoria y verdadera.
Ceñido a mi silencio tenazmente
camino de la guerra aborrecible,
no era yo quien viajaba, eran las lomas.
los álamos perdidos, los pastores,
los que huyendo veloces levantaban
a mi espalda distancias implacables.

Apenas si mi labio había marcado
con un sello de beso imperceptible
mi adiós escrito en duelo y afligido.
Apenas si tu luz transfigurada,
caliente todavía en mi recuerdo,
me dictaba, nocturna, la amargura
de un esperarte en vano, de un ansioso
llamarte a soledad y no llamarte,
cuando un destino oscuro, como un golpe,
me arrebató de ti, pálida mía.

Recién abandonado a la costumbre
de la viajera inercia favorable,
mi espíritu se hundía, lastimero,
en la indolencia débil de tus ojos.
Tu aspecto de purísimo pecado
brotaba de un paisaje, con tristeza,
precipitadamente fugitivo:
los campos de Morata del Tajuña,
las aguas victoriosas del Jarama
quedándose a tu amparo, de mí huían.

Cruzando campamentos y ciudades,
ruinosos pueblecillos, campos mudos,
voy a encontrar activos corazones
que gravemente acuden, convocados
por una España triste que se cubre
con un mantón de lana la cabeza,
a una amorosa cita con la muerte.
También mi sangre escucha campanadas
en su opaco silencio, de latidos
de arrebatada pena preferible.
Todo sabe a dolor, pero no puedo.

Quisiera estar más triste por España
que por la sorda pena que me invade.
Quisiera desterrar tu hermosa frente
y el perfume de olvido que me inculca.
Quisiera no encontrar en esas piedras
cubiertas con la plata de su musgo,
en este puro espacio tembloroso
bajo el inmenso cielo de Castilla,
la invitación al fuego en que me abraso.

Mas no puedo. Recóndita me anega
una presión ligera que conozco
de atribulada sangre a borbotones.
Como un tacto de seda, como un viso
de azulada neblina por las cumbres
en esta limpia tarde de Febrero,
asciende, poco a poco, a mi garganta,
rememorando tibia y suavemente

la suavidad templada de tus pechos,
su apretado calor, su mansedumbre.

¡Oh, frenesí fatal de la memoria!
¡Ay gozoso delirio del recuerdo!
Frente a esos serenísimos cipreses
que me niegan la dócil hermosura
de su dolido aspecto solitario.
Frente a ese sosegado bosquecillo
melancólico y noble que ahora huye
con su tristeza tímida y humilde
perseguido de cerca por la muerte
cruel e imperturbable de la guerra.

yo mismo he presenciado, oscuramente
como mi propia sombra, rebelada
contra un destino amargo que era el suyo
de primitivo horror desordenado,
desertaba de mí, débil, huía.
Por misteriosa escala que ascendiendo
desde un bosque de gritos insepultos
hasta un ensimismado contemplarte
¡qué inadvertida, silenciosa fuga
de la asechanza hostil de la tiniebla!

¡Oh, pájaros heridos en las alas!
¡Ay recientes miradas de los niños!
¡Ay novias de soldados ya difuntos!
¡Ay, camaradas, pueblo, hermanos, madres!
¿Cómo voy a juzgarme ante vosotros?
¿Con qué pureza puedo ya invocaros?
Más una voz profunda y misteriosa,
como una plenitud de corazones
viviendo de su tregua y su latido,
con una ley de besos me autoriza.

¡Oh, perdurable mía, perezosa
con ademán de otoño pensativo!
Déjame que te bese sin besarte,
que se haga en mí milagro tu recuerdo.
Déjame que proclame en la memoria

como fecha nupcial, la de noviembre,
cuando ardiendo Madrid de fuego y guerra
tus labios abrasaban a mis labios,
tus senos a mi mano estremecida
y un mismo amor dolido nos alzaba.

II

Ahora paso ante el mar. Por el camino
los pinos mansamente me derraman
la soledad crecida de su sombra,
su oscuro y serenísimo sosiego.
Con una como lenta incertidumbre,
como un sueño de verte y de no verte,
de trémula piedad por tu hermosura,
una profunda calma me rodea:
con íntimo pesar arrebatado
voy respirando ausencia contenida.

Bajo la bruma mística que flota
traspasada de luz en la mañana,
allí abajo, en el mar, las olas mueven
una cándida luz de plata incierta
que me llena de lástima los ojos.
Con un halo de sol radiante y puro
en su ligero mástil arbolado,
blandamente se aleja aquel navío.
El mismo equilibrado movimiento
pausado y perezoso por los mares,

yo recuerdo en tus frágiles caderas,
en tu movida falda como en olas,
cuando tú te alejabas una tarde
de amoroso crepúsculo subido.
Coronaba tu frente, tus cabellos,

un rojizo penacho atribulado
de sol agonizante. Y en tus ojos,
mirando por encima de tus alas,
vueltos a mí, partícipes y puros,
palpitaba una triste pesadumbre.

Sin detenerme, sin aliento sigo
para agotar siquiera este sollozo.
Estamos en la guerra, voy deprisa
para llegar a tiempo de la muerte,
para dejar que pose sus miradas
sobre todos nosotros, eligiendo
más jóvenes esposos funerales.
No hay tiempo que perder. Un viento cruza
que a llanto suena y por España gime
llevándose a racimos corazones.

La detestable guerra ya se anuncia
con un zumbar monótono y lejano
de obsesivos motores permanentes.
Mi calma es ya otra calma y tu recuerdo,
más que un recuerdo vivo en la memoria,
es para mí testigo silencioso,
motivo suficiente que me vale
para justificar esa tortura,
ese feroz instante en que, cernida,
se yergue a plomo muerte para el hombre.

Por descuajados cerros memorables
batidos por pesada artillería;
he de llegar al fuego y al quebranto
por valles que me oculten, por senderos
siniestramente solos y perdidos.
Me paro jadeando. Se confunden
con los pesados golpes de la guerra
los de apretada sangre por mis sienas
y se me nubla el cielo de aviones
llenándome de horror áspero y seco.

Siniestra geografía me conmueve
camino de Castralvo y Villaespesa.

Los montes son rojizos desgarrones,
escorias primitivas en escombros.
Como una fundición abandonada
de ociosos y oxidados minerales
parece aquella tierra quebradiza
algo sin terminar, el esqueleto
de un monstruo cuaternario que el hastío
dejó sin concluir, horrorizado.

Hay quebradas de tierra que parecen
pasillos medievales donde ocultan
los fantasmas su gótico misterio.
Hay barrancos profundos que cobijan,
en las grietas geológicas del mundo,
un instintivo grupo de soldados
con un pavor de bichos perseguidos,
un grupo de alimañas desertoras
con una culpa cínica en los ojos
que sólo con mirarla se contagia.

Allí arriba, volando, va la muerte:
impunemente cruza por el cielo
llena de horror metálico y brillante.
Un azorado bando de perdices
por la presión del aire que dilata
la tan reciente pólvora esparcida,
como dormido viene hacia nosotros.
Esconden los soldados la cabeza
con un temblor de acoso en su refugio.
Me olvido de mí mismo y una turbia

conciencia religiosa se me clava,
un mítico fervor mitad presencia
de Dios, mitad castigo, me domina.
Llueve metralla espesa, llueve muerte.
Un claro testamento te dedico
de penas y dolores en ofrenda.
Me siento envilecido y humillado
de sentir en la cara tierra sucia.
Rendido ante el horror, pasivo, espero
sin lucha ya las leyes de la sombra

sometido a su cáscara de muerte.
Después de todo, muerte. Después, nada.
Se van borrando cosas y pasiones.
Ya no tengo ni pueblo ni bandera
ni hermano ni esperanza. Queda solo
un esperar confuso y convencido
dispuesto gravemente. Y en la hondura
de la obstinada niebla que me invade
doliéndome en el pecho, como espina,
extraña, dulce, pura, tu memoria.

Hay un silencio súbito en los montes.
Espeso humos negros, densamente,
se levantan dramáticos al cielo.
Con la sorpresa viva se renueva,
con la nueva esperanza, la congoja
llena de azul relámpago mordido.
Ahora el camino invoca paso a paso
por España la pálida elegía:
aquí un soldado muerto, allí una casa
tristemente incendiada se derrumba.

Allí unos camiones malheridos
por la invasora y bárbara metralla
quemán su munición estérilmente
con secas explosiones en la tarde:
rojizos resplandores iluminan
el húmedo relente despoblado.
Avanza el enemigo. Ya es de noche.
Aquí resisten hombres valerosos
con ademán humilde, que semejan
la pureza en persona combatiendo.

Se quedan sus figuras indelebles
sobre la oscura loma, contra el cielo,
templadamente firmes y serenas.
Atrás, por los caminos, organizan
su fuerza batallones y soldados.
Van o vienen los tanques horrorosos
con su pesado estrépito macizo.
Hay órdenes de mando, procesiones

de fatigadas botas que se arrastran
por la espesa penumbra fría y triste.

—¿Por qué, por qué? — se sube a mi garganta
una pregunta inútil insistida.
España, pobre España, siempre España
traicionada, vendida, miserables.
Suenan el viento a congoja, sabe a llanto.
¿Por qué, por qué? No, nadie me contesta.
Voy recordando nombres y caminos.
¿Por qué, por qué? Solamente, silencio.
Tu imagen indefensa cubre España,
con ella se confunde, mas me duele.

III

Mírame. Ven. Manchado estoy de sangre.
Ayúdame a lavarla en el silencio
con sencilla piedad: mi camarada
se ha muerto entre mis brazos sin amparo.
Me apretaba las manos tembloroso
y me miraba lleno de congoja.
Yo mismo estoy herido, vengo herido
traspasado de unida luz más pura
para ofrecerte amor, para ofrecerte
mi amorosa palabra de rodillas.

Más cerca, ven, acércate a mi lado
Sólo quiero decirte que te espero
lleno de compasión por tu hermosura.
Me ha rozado la muerte y eso basta
para aceptar la pena con olvido.
Se cumplirá el destino, como escriba
con templado poder, benignamente,
esa mano que sabe nuestra pena

y permite que sólo España sufra
con un gozoso afán de pura madre.

Más cerca, ven, más cerca todavía
Toda España se dobla en un sollozo
de dura incertidumbre. No vaciles.
Sólo quiero quererte porque quiero
llevarte, desvalida, de la mano
hacia el oscuro llanto que mereces.
Quiero partir contigo la tortura
para que participes de la lumbre,
de este calor alzado que mantiene
España en su agonía o su esperanza.

Quiero que repartamos esta pena
para esperar unidos su mandato,
para poder ir juntos a su encuentro
con dos acrecentados corazones
por un amor que sabe y no termina.
Quiéreme más y préstame tus alas
para ascender al llanto de una novia,
para subir, despacio, a preguntarle
si ante un puro cadáver en la lluvia
nos vale la mirada o más la muerte.

No sé si queda tiempo para un beso,
si para una caricia o para una mirada.
O tal vez es el beso quien me niega
con su azaroso afán el horizonte
de adolecidos campos victoriosos.
Yo no tengo de bronce convencido
mi débil esqueleto vulnerable.
Mi sangre no es tan firme, ni mi pulso.
Ni mi amor tan pequeño que no tema
ese desdén o máscara risueña.

Por eso te reclamo y me pregunto,
con íntima congoja, si es posible.
Por eso sufre España y no se muere
ni vive solamente: que agoniza
viviendo entre la muerte, valerosa.

Por eso estoy aquí. Dame tu mano.
 Vuelve hacia mí la maravilla triste,
 la delicada pena de tu rostro.
 que quiero tener lástima en el pecho
 para tener confianza en el destino.

ARTURO SERRANO PLAJA

Barcelona, 16 de abril de 1938.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR
 SU PROCEDENCIA

SUMARIO: Antonio Machado: Sobre algunas ideas de Juan de Mairena. María Zambrano: Un camino español: Séneca o la Resignación. José Marta Quiroga Plá: Memorial de cada día. Esperanza en pie. Abril a contraluz (poemas). Máximo José Khan: Salónica sefardita. El lenguaje. Ramón Gaya: Divagaciones en torno a un poeta: Miguel Hernández. R. I.: Diario para Aurora. (Testimonio). Bernardo Clariana, Luis Pérez Infante, Ramón Diestro: Poemas. Max Aub: El Cojo, (narración). Angel Ossorio y Gallardo: Fascismo y Antifascismo (comentario político). La Voz de España (elogio de un presidente). Farias: El Cinema que nosotros debemos hacer. Arturo Serrano Plaja: Virginia. El amor en la guerra (poema).



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

APARTADO CORREOS, 597. — BARCELONA

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO VILLA.
ANGEL FERRANT. ANTONIO MACHADO.
JOSÉ BERGAMÍN. T. NAVARRO TOMÁS.
RAFAEL ALBERTI. JOSÉ F. MONTESINOS.
PEDRO BOSCH GIMPERA. ALBERTO.
RODOLFO HALFFTER. JOSÉ GAOS.
DÁMASO ALONSO. LUIS LACASA.
ENRIQUE DIEZ CANEDO. LUIS CERNUDA.
CORPUS BARGA. JUAN JOSÉ DOMENCHINA.
EMILIO PRADOS. CARLES RIBA. JUAN DE LA ENCINA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE. A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA. A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS. MARÍA ZAMBRANO. E. CASAL CHAPÍ.

SECRETARIO: JUAN GIL-ALBERT

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS.

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PESETAS

2 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid